

BOLÍLIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

LAS MUJERES TAMBIEN MATAN alf regaldie



Cuando Doug Wrigth llamó a la puerta de la oficina de Stanley Wilding, se preparó, dispuesto a entrar como fuese.

El joven sabía bien que Budy Roscoe, el gorila que tenía Wilding como guardaespaldas, no le dejaría entrar y que le echaría la puerta a las narices.

Y se preparó para evitar que pudiese suceder tal cosa.

Tardaron bastante en abrirle y cuando lo hicieron fue tomando precauciones.

Apenas Roscoe entrevió al visitante, cargó contra la puerta para cerrarla, pero llegó tarde. El pie de Doug quedó clavado en la abertura como una cuña.



Alf Regaldie

Las mujeres también matan

Bolsilibros - Servicio Secreto - 797

ePub r1.0

Lds 17.11.17

Título original: *Las mujeres también matan*

Alf Regaldie, 1965

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Doug Wriath llamó a la puerta de la oficina de Stanley Wilding, se preparó, dispuesto a entrar como fuese.

El joven sabía bien que Budy Roscoe, el gorila que tenía Wilding como guardaespaldas, no le dejaría entrar y que le echaría la puerta a las narices.

Y se preparó para evitar que pudiese suceder tal cosa.

Tardaron bastante en abrirle y cuando lo hicieron fue tomando precauciones.

Apenas Roscoe entrevió al visitante, cargó contra la puerta para cerrarla, pero llegó tarde. El pie de Doug quedó clavado en la abertura como una cuña.

Pese a la corpulencia de Roscoe, Doug atacó metiendo el hombro y pudo abrir, desplazando al guardaespaldas de manera violenta.

El hombre no esperaba tal audacia y salió disparado hacia atrás, hasta quedar sentado en el suelo, chocando con la parte trasera de su cabeza contra una mesa.

Quedó el gorila medio aturdido, mirando fijamente a Wriath que avanzó hacia él. Roscoe llevó la mano derecha a la axila izquierda dispuesto a sacar la pistola.

Doug advirtió:

—No lo intentes siquiera porque te pateo los sesos. Aparta esa mano...

Roscoe tenía ciertas referencias sobre Doug y decidió que le convenía hacerle caso, y retiró la mano lentamente, diciendo a continuación, a la vez que señalaba en dirección a la puerta:

—¡Salga inmediatamente o llamaré a la policía!

El joven llegó hasta el teléfono de sobremesa, tomó el tubo y lo

alargó al gorila, diciendo:

—Toma, llama. Convendrá que venga la policía a este antro de bandidos. El guardaespaldas no hizo intención de tomar el aparato.

—¿Dónde está tu amo? —preguntó Doug.

—¡Yo no tengo amo! —gritó irritado Roscoe.

Aprovechó el guardaespaldas que los tobillos de Doug quedaban al alcance de sus manos y lo asió por ellos, tirando con violencia.

Cayó Doug de nalgas, aunque amortiguó la caída con las manos.

E inmediatamente hizo un movimiento de tijeras con las piernas, obligando a Roscoe a saltar.

Antes de que el guardaespaldas pudiese reponerse de su sorpresa golpeó Wrioth con uno de sus pies mientras se afianzaba bien en el suelo.

El golpe alcanzó de lleno en la cara a Roscoe, cuya cabeza volvió a golpear contra la mesa.

Ahogó el grito de dolor y se dejó caer de lado esquivando un segundo golpe. Y desenfundó la pistola con la que se dispuso a tirar a quemarropa.

Saltó Wrioth que arrancó el arma al gorila con uno de sus pies. Y volvió a golpearle en la cara.

Dio Roscoe una voltereta que le permitió ponerse en pie fuera del alcance de Wrioth y trató de empuñar un pesado pisapapeles que había sobre la mesa.

Pero el visitante atacó golpeando con el puño derecho, el cual clavó materialmente en la anatomía del gorila, al que levantó casi un pie del suelo.

Roscoe boqueó y hubiese caído, a no ser por el apoyo que significó para él la mesa.

Sin embargo, se tambaleó una vez en contacto con el suelo y Doug no le dio reposo, atacándole con sendos golpes de derecha e izquierda que lo derribaron finalmente fuera de combate.

Antes de caer el gorila se había doblado sobre el puño derecho de Wrioth y cuando éste retiró el puño, se fue de bruces.

Una vez en el suelo, el guardaespaldas de Wilding dio una voltereta y quedó tendido boca arriba.

Wrioth se hizo cargo de la pistola, la descargó y la escondió después debajo de un sillón.

—Por lo menos, que tenga que molestarse en buscarla.

Se dirigió Doug entonces a una puerta en la cual había un cartel que decía: «Privado».

Experimentaba Doug no poca extrañeza de que con el estruendo que habían producido al luchar, no hubiese asomado Wilding.

Y también le extrañó no haber oído ruido alguno en el departamento que servía de despacho personal al jefe de Roscoe.

En el momento en que se disponía a abrir la puerta, se abrió ésta desde dentro, y Wrigth sintió una especie de deslumbramiento.

Sujetando la hoja abierta vio a una joven rubia, endiabladamente atractiva, que se hallaba de espaldas a él y de cara a Wilding, al cual dijo con voz incisiva:

—Maldito canalla. Tendrá que soltar lo que me ha robado o lo mataré. Y como intente volver a ponerme la mano encima...

No terminó de decir la frase, ni era necesario para que la comprendiese Wilding e incluso Doug, el cual había descubierto al dueño de la oficina cubriéndose las mejillas con ambas manos, dando la sensación de que había recibido bastante daño en ellas.

La sensacional chica inició bruscamente la marcha y se lanzó sin pretenderlo contra Doug, quien hubo de frenarla con ambas manos para no ser derribado.

Al choque y verse asida por Doug para que no cayese, manoteó la rubia, a la vez que decía iracunda:

—¡Aparta, gorila inmundo! ¡Aparta o...!

—Se ha equivocado, rubia.

La chica, pese a su enfado, se dio cuenta inmediatamente de su error y se excusó diciendo:

—Usted perdone. Aunque nadie que se junte con este fulano merezca que se le pida perdón...

Interrumpió Doug para decir:

—No se atropelle, jovencita. Y no juzgue antes de tiempo. Yo la he encontrado con ese indeseable y no se me ha ocurrido pensar mal de usted.

La rubia, que se disponía a reanudar su marcha en dirección a la salida, se detuvo a contemplar al recién llegado con expresión que reflejaba viva curiosidad.

Al responder a la chica, Wrigth no había dejado de vigilar a Wilding, quien al reconocer a su visitante, reflejó miedo y asombro.

—¿Quién le ha dejado entrar? —preguntó con visible irritación

el dueño de la oficina.

La entonación con que fue hecha la pregunta llamó poderosamente la atención de la rubia, quien comprendió hasta la saciedad que Doug no era amigo de Wilding.

—No me han dejado entrar, Wilding. He entrado por puños. Su perro guardián está durmiendo y no precisamente por gusto de él.

Siguió un lapso de silencio.

La respuesta de Doug había causado tal estupor su Wilding, que éste no encontró una respuesta adecuada.

Al fin pudo articular:

—Salga inmediatamente o llamo a la policía.

—Llame a la policía. Ya hice la misma invitación a su perro, pero él prefirió la lucha, aunque tenía una idea bastante clara ya de que no iba a quedar bien en ella.

—Le repito... Interrumpió el joven:

—Ignoro lo que le ha hecho la rubia, pero yo le voy a zurrar, inmundo chantajista. No le van a quedar ganas de meter la nariz en lo que no le importa...

La chica se iba sintiendo más complacida por momentos y de furiosa que estaba pasó a sentirse divertida.

Comprendió y animó a Doug, diciendo:

—Duro con él. Yo cerraré la puerta y vigilaré al perro por si despertase.

Corrió ella a cerrar la puerta del apartamento que Doug había dejado hacerlo.

Wright, sin descuidar a Wilding, siguió a la sensacional rubia en su desplazamiento y le dijo cuando hubo regresado:

—Verla andar es un regalo para la vista.

—Gracias, muchacho, pero lo que deseo es ver cómo le zurra a ese sapo inmundo.

—¡No intente tocarme! —chilló Wilding. La rubia señaló con expresión insidiosa:

—Ahí dentro lucharán mejor. El revestimiento de las paredes y las puertas hace que los ruidos no salgan al exterior. Y que los del exterior no entren...

—Me tienen sin cuidado los ruidos. Y no quiero perder de vista al perro —respondió Wright.

—Yo me encargaré de él.

—¿Piensa perderse la pelea? —preguntó el joven.

—¡Oh, no! Quiero una primera fila. Voy a las peleas que se celebran en Madison Square Garden. Y a ésta asistiré con mucho más gusto.

Wright adelantó, acercándose a Wilding, el cual retrocedió unos pasos, colocando delante su brazo derecho con el índice extendido en amenaza que tenía bastante de risible.

—¡No intente tocarme, Douglas Wright!

—No pienso tocarle, Stanley Wilding. Sólo quiero machacarle la cara... —informó Doug, con evidente complacencia.

Al adelantar su mano derecha, Wilding había dejado al descubierto la correspondiente mejilla y Doug había descubierto que estaba señalada por un arañazo reciente, bastante profundo.

Se dirigió a la chica:

—Eso ha estado bien, rubia. Siento haberme perdido la sesión.

—Sé que me he quedado corta, pero él estaba dispuesto a llamar a su gorila y ese bestia de Roscoe es un sádico y un criminal.

—Pues aproveche la ocasión y clávele uno de sus tacones en un ojo.

—Tal vez llegue el momento en que se lo clave. Pero quiero que esté bien despierto, que lo sienta.

—De acuerdo, rabia. Me avisa y yo lo sujetaré por los brazos. Pero vamos a lo que interesa.

Wilding había considerado como una tregua el momento en que los dos jóvenes intercambiaron sus frases e intentó llegar hasta el cajón de la mesa en que guardaba una pistola.

De improviso, antes de que Wilding pudiese imaginar lo que se le iba a ir encima, lo asió Doug de un brazo, tiró de él, se lo retorció y le obligó a dar una vuelta, situándole el antebrazo a la espalda.

Sin darle reposo, le clavó el tacón de uno de sus zapatos en la delantera del pie y le arrancó un aullido de dolor.

Seguidamente, sin soltarle el antebrazo, hizo presión con la mano libre en el codo de su enemigo e inició una lacerante presión.

La rubia, temerosa de que Wilding gritase, cerró por un momento la puerta del despacho.

—No se preocupe. No se atreverá a gritar. Si lo hace le reviento la boca —anunció el joven.

Intentó Wilding resistirse a Doug, pero éste no le daba ocasión a ello, haciéndolo caminar a la vez que pedía a la rubia:

—Abra esa puerta, por favor.

Obedeció ella rápidamente y Doug hizo chocar la frente de Wilding contra una arista de la puerta.

Gimió el dueño de la oficina, cuyas piernas se doblaron, no cayendo porque Doug lo aferró fuertemente.

Comenzó a sentir Wilding que le dominaba una profunda angustia, que el sudor perlaba su frente.

Finalmente, con voz casi inaudible, preguntó:

—¿Qué desea de mí? ¡Basta ya! ¡No tiene derecho a atormentarme!

—Ese sobrecito que guarda usted. Me lo va a entregar inmediatamente.

—¡No sé de qué me está hablando!

Soltó el visitante a Wilding, al cual abofeteó a derecha e izquierda hasta lanzarlo contra un sillón, en el cual quedó sentado, dando la sensación de que había quedado encajado en él.

—¿Qué tal esa memoria? —preguntó Doug, en tonillo burlón.

—Sigo sin saber de qué...

La respuesta quedó interrumpida al ver que Doug, que se mantenía a un par de metros de él, se disponía a salvar la distancia que les separaba.

Wilding gritó:

—¡Basta! ¡Se lo daré!

—De acuerdo. La leña es uno de los grandes remedios, en determinadas circunstancias, para los faltos de memoria —dijo el joven, de buen humor.

La rubia, que desde la puerta vigilaba a Roscoe, avisó:

—Cuidado. El gorila comienza a moverse y a gruñir. Busca algo con la vista.

—Supongo que será la pistola. Por favor, dígame que no intente ninguna tontería y que venga aquí. Si voy yo en su busca, saldrá perdiendo.

Se mostraba el joven seguro de sí mismo, provocando la silenciosa admiración de la rubia.

Ella se dirigió a Roscoe:

—¡Eh, gorila! Deja de gruñir y no busques la pistola. Y ven para

aquí, porque si salen en busca tuya va a ser peor.

Por temor a que se resistiese y provocase una nueva pelea, y también para hacer notar que significaba algo, Wilding llamó con voz fuerte.

—¡Eh, Roscoe! ¡Ven aquí inmediatamente!

Comprendió Doug que Wilding se disponía a hacer una escena a su guardaespaldas y cortó antes de que comenzara, diciendo:

—Sus deferencias ya las arreglarán luego. Ahora vamos a lo primordial. Y es ese sobre que me interesa.

Entró Roscoe, dando la impresión de un perro apaleado. Pero al descubrir que Wilding había recibido también lo suyo, pareció menos acoquinado.

Vigilado de cerca por Wrigth, el dueño de la oficina abrió la caja de caudales, buscó en ella, sacó un sobre con desmañado ademán y lo entregó a Wrigth.

Dijo al tiempo que lo entregaba:

—Eso es un verdadero atraco.

La respuesta llegó rápida, contundente, en forma de golpe aplicado en el puente de la nariz con el filo de la mano.

Wilding se dejó caer sentado, sintiendo que le saltaban lágrimas en los ojos a causa del dolor.

—A ver si aprende a estar callado —señaló el joven.

Wilding había quedado inutilizado para la acción. Y Doug aprovechó para abrir el sobre y comprobar que no había sido engañado.

Luego se dirigió a Roscoe para decirle:

—Me gustaría saber la parte que has tomado en esta canallada. Creo que te destrozaría si lo supiera.

El gorila permaneció silencioso, baja la mirada, aunque había algo de burlón en su gesto.

Lo advirtió Doug, que experimentó impulso de golpear al granuja. Se contuvo, no obstante, y avisó:

—Si se han quedado algo e intentan hacer uso de ello, será su última fechoría porque los mataré. A los dos. ¿Está claro?

Afirmaron con sendos movimientos de cabeza, como dos autómatas, provocando la risa de Doug.

Wilding, cuando pudo hablar después del golpe, dijo:

—Y ahora lárguese cuanto antes. Ya tiene lo suyo.

—No piense que el contemplarle a usted resulta agradable a la vista. Ni siquiera comprendo cómo su mujer, joven y linda, le puede soportar. Porque habrá que verle a usted con sus adiposidades y en paños menores.

Remedó con gracia la apostura de Wilding, provocando la risa de la rubia a la que el granuja dirigió una amenazadora mirada.

La captó la chica y se dirigió a él en tono vacilante, diciendo:

—¿Qué le sucede? ¿Le molesta que me ría? Pues sí, yo pienso lo mismo que él. Es usted de los fulanos que dan asco a las mujeres y no comprendo cómo la suya lo puede soportar, por mucho dinero que tenga.

Doug invitó a la chica:

—Cuando usted quiera, rubia. Después de lo sucedido, no quisiera dejarla entre las garras de estas bestias inmundas.

—¿Largarme ahora después de lo que he visto? ¡Ni hablar! ¡Usted me ha enseñado el camino y Wilding va a pagar ahora mismo lo que debe!

CAPÍTULO II

Wilding reflejó en su rostro viva alarma. El hombre exclamó:

—¡Lárgate, Connie Gray! ¡Te he dado bastante más de lo que te correspondía! ¡Las cosas están claras!

—No están nada claras.

—¡Pues denúnciame! Hay abogados a millares que se encargarán de llevar el asunto.

—No pienso dejar mi dinero entre las garras de ninguno de esos abogados. No voy a arrancárselo a usted para que se lo coman ellos.

—Sabes que no tienes razón. Estás segura de que perderás y de que te costará dinero encima.

—Está usted muy seguro de su habilidad. Maldito canalla. No comprendo cómo pudo fiarse mi padre de usted. Pero no se saldrá con la suya.

Wilding experimentó miedo al ver que la rubia avanzaba decidida hacia él. Sabía que el miedo la había contenido anteriormente al estar sola, pero con el ejemplo y la ayuda de Wrigth, todo sería diferente.

Budy Roscoe, de antemano, y tras lo sucedido, había decidido que no le convenía intervenir.

Le dirigió Wilding una mirada insultante y le increpó:

—¿Para qué estás aquí? ¡Te pago para algo!

—Sí, lo sé. Me paga para «cobrar» por su cuenta.

Pero hoy he recibido bastante. Ha sido jornada intensiva, jefe, y no estoy dispuesto a llevar más.

Lo dijo con la gracia que podría tener un gorila que fuese capaz de hablar y produjo la risa de Doug y de la rubia Connie.

Aquello había paralizado instantáneamente la acción y Wilding gritó a su guardaespaldas:

—¡Largo de aquí! ¡Si cuando hay trabajo no lo haces, maldito lo que te necesito! ¡Te has dejado sorprender y por tu culpa...!

No fue necesario que terminase la frase. Para todos estaba claro lo que había sucedido por haberse dejado sorprender Roscoe.

El gorila dijo en tono bajo:

—Está bien, jefe. Págueme y me largo.

—¿Aún tienes el valor de pedirme que te pague?

—Suelte la mosca, jefe, y no discutamos.

Wilding intentaba ganar tiempo como si los cinco o diez minutos próximos pudiesen darle solución al problema que tenía planteado.

Roscoe podía ser sincero, pero el dueño de la oficina no lo era y Doug se decidió a intervenir, diciendo:

—Si quieres cobrar ponte en cola, gorila. La señorita está primero que tú. Wilding decidió:

—Llamaré a la policía.

—De acuerdo. Llámela —dijo Doug.

—No le conviene. Le denunciaré a usted también por la violencia que ha hecho.

—Olvida que tengo en mi mano la prueba del chantaje que intentaba, Wilding. Creo que ha perdido la cabeza.

—Es usted quien la ha perdido porque se quiere lucir ante la rubia. Si espera la llegada de la policía, su esfuerzo se habrá perdido. El nombre de ella saldrá a relucir. Y ni le conviene a ella ni a usted.

—¡Vaya! Lo piensa usted todo, ¿eh? Es usted un bicho repulsivo, Wilding. Y creo que voy a terminar con usted.

—Puede hacerlo, le sobran fuerzas para ello. Y su final será la silla eléctrica. Señaló para el sobre que mantenía Doug en la mano y prosiguió el granuja:

—Eso puede servirle de justificación para golpearme, pero aunque le sirviese de disculpa para matarme, tendría que mostrarlo. Y no le conviene a ella ni a usted tampoco.

Wilding se dirigió a Roscoe, diciéndole:

—Y a ti menos aún, Budy. Si llega a saberse que fuiste tú quien sacó ciertas fotografías, el marido de ella no te perdonaría jamás. Y ya sabes bastante de su sistema. Hace planchar a un perro como tú con un camión de veinte toneladas y se queda tan tranquilo.

Roscoe sabía que Wilding no exageraba y tragó saliva, mirando

tanto a la rubia como a Doug con expresión aviesa.

Wright intuyó que Wilding podía llegar a convencer a Roscoe y pese a su superioridad sobre cada uno de ellos, pensó que puestos de acuerdo con un simple gesto, podrían llegar a fastidiarle.

Y se adelantó a atacar sorprendiendo a Wilding por el lado de la mesa contrario al que se hallaba la rubia Connie.

Lo alcanzó con un terrorífico puñetazo de derecha a la mandíbula y Wilding giró como una peonza hasta tropezar con el sillón y quedar doblado sobre él.

El joven preguntó a Roscoe:

—¿Qué decides?

—Neutral...

—¿Así, pues, fuiste tú quien sacó las fotografías?

—Verá, Wright, yo... Bueno, usted conoce a Wilding.

Comenzó por hacerme chantaje a mí y no tuve más remedio que obedecer.

—Eres tan cobarde como grande, y por lo menos pesas noventa kilos, ¿no es así?

—Noventa y tres.

—Pues siéntate y no intentes moverte por ahora y así ahorrarás el que los de la limpieza tengan que sacar noventa y tres kilos de basura que no servirá ya más que para abonar la tierra.

Ante las despectivas e hirientes palabras de Wright, el guardaespaldas se encogió primero y se desplomó luego en un sillón.

Wilding gimió débilmente al comenzar a recobrar la consciencia. Y se llevó una de las manos al lugar en que había recibido el golpe.

Lamentó luego:

—Me ha roto el hueso.

—Todavía no, pero todo puede llegar. Se dirigió el joven a la rubia:

—Adelante, señorita Gray. Me ha parecido oír que él la llamaba Connie Gray.

—Sí, me llamo así.

Antes de que ella comenzase a hablar, Wilding, sintiéndose derrotado, se dirigió a Doug, para preguntarle:

—¿Quiere escucharme un momento?

—Sí... A los condenados a muerte se les escucha antes de

llevarlos a la silla. Y usted es una especie de condenado a muerte.

El grandazo de Roscoe se hizo inverosímilmente más pequeño en el sillón en donde había buscado acomodo.

A Wilding no le hizo gracia alguna la mención a la silla eléctrica y lo demostró en el gesto. Luego tragó saliva y, finalmente, dijo:

—El padre de Connie le dejó veinticinco mil dólares y me nombró su administrador. Ella me ha pedido con frecuencia y yo le he ido dando. Y ha rebasado ya esa cantidad. Lo tengo claro en mis libros.

—Ya veremos esos libros. Ahora habrá que escuchar la versión de ella.

—No tiene derecho a meter la nariz en mis libros. Si quieren verlos tendremos que poner la cuestión en manos de la autoridad judicial —galleó Wilding, en una inesperada reacción.

—No cacaree, granuja. He dicho que ahora escucharemos a la rubia y luego veremos lo que se debe hacer. Siéntese, señorita Gray. La verdad es que cuando me acercaba hoy aquí, no pensaba que me iba a divertir tanto —manifestó Doug, en tono optimista.

La rubia permaneció de pie, apoyada contra la puerta. Señaló a Stanley Wilding y dijo:

—Mi padre me dejó veinticinco mil dólares en valores. Los dejó en manos de él para que los administrase y me fuese pasando la renta.

—¿Y él no le pasó la renta? —preguntó Doug.

—Sí, me pasó la renta. Y pretende ahora que ese dinero que me ha ido dando hasta que he llegado a la mayoría de edad, corresponde al capital, y que me ha dado incluso más de lo que me corresponde...

—¡Y es cierto! —exclamó Wilding, interrumpiendo—. Los valores bajaron de precio. Los tuve que vender para que no se quedase en la calle, pero no hubo suerte y en realidad le he tenido que ir dando de su capital ante sus repetidas exigencias.

—¿Dispuesto a enseñar los libros que nos demuestren que es verdad lo que dice? —preguntó Doug, señalando un gesto para indicar a Connie que debía dejarle llevar la cosa a su modo.

—Ya le he dicho que si quieren verlos tendrá que recurrir a la autoridad judicial. Es la única que tiene derecho a intervenir. ¿Por qué no lo hacen?

—No le respondo a su última pregunta porque ya lo hizo antes la señorita Gray. No quiere que se quede su dinero entre las manos de los abogados y es lo que sucedería. Y calle hasta que le pregunte.

Doug, sin perder cierto sentido del humor, actuaba con seriedad. Se dirigió a Connie para preguntarle:

—¿Qué tiene que decir a lo manifestado por Wilding?

—Según me he informado los valores que dejó mi padre experimentaron una pequeña baja transitoria por un reajuste económico de la sociedad, pero nada más. No corrieron peligro en ningún momento.

—¡No es cierto! Yo... —Trató de explicar Wilding.

—He dicho que calle hasta que le pregunte. No me obligue a ponerle una mordaza.

Prosiga, rubia.

—La prueba de que esos valores no corrieron peligro es que se los quedó el propio Wilding y después han subido bastante. Los conserva aún y se lo puedo demostrar. Seguidamente ha hecho los trapicheos que le ha dado la gana para justificar que me dejaba sin un solo dólar.

Doug preguntó a Wilding:

—¿Conserva usted esos valores, Wilding?

El hombre tardó en responder. Rebulló, carraspeó, tragó saliva y al fin, ante el silencio por momentos más agresivo de los dos jóvenes, respondió:

—Sí, los conservo, tuve suerte y subieron, manteniéndose después. Una verdadera suerte.

—¿Prefiere que echemos cuentas sobre los beneficios que le han dado y lo comparemos con lo que ha entregado a la señorita Gray, o se los cede a ella si quiere librarse de la revisión?

—Ya he dicho cuál es el único camino: el legal. Recurran a él —respondió Wilding.

—Cuando le interesa, siente usted empacho de legalidad, pero para hacer chantaje se olvida de las leyes que lo prohíben, ¿no?

—No hice ningún chantaje. He querido vender una mercancía de la que usted se ha apoderado por procedimientos violentos. Eso tiene su castigo —dijo Wilding, tratando de aparecer digno.

—Está claro que usted no entiende más lenguaje que éste...

Sin terminar la frase actuó Wrigth con su habitual rapidez

tomando a Wilding de la ropa.

—¡No! —gritó el granuja.

El grito de protesta quedó cortado por otro seco golpe que le aplicó Wrigth en la garganta cuando el otro intentó proteger su nariz.

El dueño de la oficina produjo un angustioso gorgoteo y se derrumbó materialmente al soltarlo Doug.

Respiró angustiadamente, mirando con expresión desencajada al joven Doug. Wrigth explicó a Wilding:

—Suelo ser implacable. Me eduqué en una dura escuela. Tras una breve pausa, señaló aún:

—Me dijeron que era usted inteligente, pero ha demostrado que no. Antes de meterse en un asunto que me daba de lleno, debió haberse informado sobre mí, y luego se debió haber retirado discretamente.

Cuando pudo hablar dijo el granuja:

—Usted tiene ya lo suyo. ¡Lárguese o no respondo!

—No me obligue a matarlo. Lo haré fríamente seguro de que hago un bien a la humanidad —advirtió Doug.

—Termine de una vez —pidió Wilding.

Iba a añadir: «Esto es un verdadero atraco». Pero no se atrevió.

—Término de una vez. Entregue a la señorita Gray los valores que le dejó su padre. ¿No es eso lo que desea, rubia?

—Precisamente eso. Lo demás lo olvidaré y lo perdono.

—Una chica generosa, Wilding. Yo, en su lugar, le devolvería lo suyo rápidamente, no sea que le haga otras reclamaciones que estoy dispuesto a apoyar.

Al hablar Doug volvía a mostrar su sentido del humor.

Wilding denostó contra sí mismo, provocando la risa de los presentes, incluido Roscoe, contra el cual se revolvió iracundo, preguntándole:

—¿Qué te sucede, sapo inmundo?

—Tengo ganas de reír y me río. Y vaya con cuidado, no sea que le sacuda. Hoy he aprendido algo muy interesante.

—¡Quedas despedido!

—No grite. Y pague tan pronto termine con la señorita Gray.

Volvió el dueño de la oficina a abrir la caja de caudales, sacó varios paquetes, rebuscó entre ellos, y entregó uno finalmente a

Connie.

—Ahí tienes. Han alcanzado una cotización muy superior a los veinticinco mil dólares.

—Son más, ¿no? —preguntó ella.

—A la fuerza ahorcan —respondió Wrigth ante el hosco silencio de Wilding.

La chica hizo un repaso de las acciones, contrastando números hasta asegurarse de que no faltaba ninguna.

—¿Son al portador? —preguntó Doug a la chica.

—Sí... Ese sucio granuja se ha estado comiendo parte de los intereses. Pero he dicho que le perdono. Y por mí, olvidado.

—Ya lo sabe, Wilding. Ella olvida y yo también. Pero tenga cuidado. La próxima ocasión no saldría tan bien librado.

Wrigth señaló con un ademán a Connie para que saliera delante. Lo hizo él detrás, cerrando la puerta.

Bajaron juntos en el ascensor, mirándose en silencio. Una vez en la calle ofreció Doug, señalando para su automóvil de modelo deportivo, nada lujoso ni nuevo:

—¿A qué lugar quiere que la lleve? Lamento no poder ofrecerla nada mejor, pero soy pobre.

—Yo no dispongo ni de un cacharro como ése, a pesar de que trabajo.

—Ahora podrá comprarse uno.

—Pienso guardar estos valores y seguir cobrando lo que me corresponde. Es algo que alivia bastante.

—Buena chica y ahorrativa. Una verdadera ganga, porque además resulta usted sensacional como mujer.

—Gracias. Ya me lo han dicho otros. ¿Y sabe para qué me ha servido hasta ahora?

—Si usted me lo dice, lo sabré...

—Para escuchar las más sucias proposiciones que usted pueda imaginar. Las últimas, las de Wilding. Por eso lo señalé.

—Hizo bien.

Hablaron de pie junto al automóvil, recibiendo Doug la sensación de que la chica vacilaba en subir.

—Yo no la molestaré.

—¿Ni intentará cobrar lo que ha hecho por mí?

—No, soy de otra pasta. Usted me gusta y podría llegar a

quererla locamente. Pero si he de acercarme a usted será por otro camino.

Sonrió a la vez que la acariciaba con la mirada.

—Me voy a fiar —respondió Connie, con ciertas reservas aún—. Puede dejarme en la Houston «Street», en la misma esquina con la Hudson «Street».

—Precisamente voy allá. Ignoraba que fuésemos vecinos. Yo también vivo en Greenwich Village.

Se sintió mirado con curiosidad. La sensacional rubia dijo finalmente:

—¡Vaya! ¡Creo que le conozco! Usted expone allí sus cuadros, en el paseo.

—Justamente...

—Creo recordar que sus mujeres no harán ricos a los fabricantes de tejidos. Lo dijo en tono de graciosa acusación.

—Pues verá, yo soy un admirador de la belleza y precisamente nada tan bello como...

—No es necesario que prosiga. Le entiendo perfectamente. Sin embargo, voy a confiar en usted.

CAPÍTULO III

Doug, tan pronto se despidió de la rubia Connie en el lugar que ella le había señalado, se dirigió apresuradamente a su estudio.

Y apenas si había llegado a él cuando llamaron a la puerta del mismo. Reconoció la forma de llamar, y aunque señaló en su rostro un gesto de contrariedad, fue capaz de sonreír al abrir la puerta.

—A la rubia le sonreías de verdad —fue lo primero que oyó, a guisa de saludo.

—Entra.

Sheila Adams entró y Doug se apresuró a cerrar la puerta primero y a echar después la persiana desde la cual se abarcaba un vasto horizonte de rascacielos.

La Adams, en moreno, no tenía gran cosa que envidiar a Connie Gray en lo que a físico se refería. Aunque carecía de la lozanía que su mayor juventud daba a la rubia.

Entró Sheila como quien se considera dueña del estudio del joven artista. Él dijo amablemente:

—Te iba a telefonear. Pero por lo que has dicho, es inútil decirte que termino de llegar.

—Completamente inútil. ¿Has logrado algo?

En la expresión de la atractiva morena había ansiedad, miedo y confianza a la vez.

—Sí.

—Menos mal.

—Una vez logré localizar al chantajista, que era lo difícil, no dudé un momento. La visitante se acercó a Doug, abrazándose estrechamente a él.

—¿Qué te sucede?

—No debieras haber venido. Piensa en que Miller puede estar

informado y que tal vez te ha hecho espiar.

—¿Es que tienes miedo? —preguntó Sheila, en tonillo desafiador.

—Ya lo ves. El miedo me tiene hecho temblona gelatina —bromeó él—. Pero creo recordar que quien tenía no poco miedo eras tú.

—Lo tenía. Pero pasó todo, puesto que has logrado parar el golpe.

Doug llegó hasta donde había guardado el sobre que había arrancado a Wilding y lo entregó a la Adams.

—Ahí tienes. Los negativos y una copia por negativo. Puedes echar un vistazo antes de quemarlo todo.

—¿No habrán quedado nuevas copias en manos de él?

—No creo. Logré sorprenderle. Por otra parte, tiene miedo. Intentó hacerte el chantaje a ti, pero no se hubiese atrevido a hacérselo a tu marido.

—Podría enviarle las copias para vengarse.

—No se atreverá tampoco mientras yo viva. Ha llevado demasiada leña. Y no hay nada como el dolor físico para hacer entrar en razón a determinada clase de gente.

Sheila volvió a abrazar a Doug, diciendo:

—No es fácil encontrar otro hombre como tú. Decidido, capaz de arriesgar la piel por una mujer, sano de alma...

—Vas a lograr que me sonroje, muchacha. Echa un vistazo a eso y quémallo cuanto antes.

La morena sacó del sobre copias y negativos. Dejó los últimos por lo pequeños y examinó las copias, hechas a tamaño de doble postal.

Reaccionó como menos podía esperar Doug. Silbó admirada y dijo:

—¡Estamos estupendos, Doug! ¡Lástima que no las pueda exponer en un marco! Si las viese Roger, comprendería por qué te quiero a ti y le detesto a él. Es un maldito saco de grasa.

—Olvida eso.

—¿Cómo han podido sacarnos tan estupendamente?

—Imprudencias que no se deben cometer, nena. Nos confiamos en la distancia que nos separaba de aquellos rascacielos y nos fotografiaron con teleobjetivo...

—¡Es cierto lo que dijo el fulano! No se puede negar que somos nosotros.

—No hay el menor asomo de duda.

Examinó los negativos, asegurándose que correspondían a las tres fotografías. Y exclamó a continuación:

—¡Maldito cerdo!

—También llevó lo suyo el que hizo las fotografías.

—Me da lástima quemarlas. Las guardaré.

Doug tomó copias y negativos, y antes de que ella lo pudiese impedir, les prendió fuego.

—Nada de imprudencias, nena. Esto ha podido costar algunas vidas. Ha salido bien por milagro.

Cuando se cercioró de que estaba todo convertido en ceniza, dijo a la morena:

—Y ahora, nena, debes largarte cuanto antes. Y no debes volver.

—¿Que no debo volver? No habré oído bien.

—Has oído perfectamente. Cuando accedí a hacerte el retrato y viniste, creí que eras una mujer libre. De lo contrario, no te habría admitido a mi lado. No me gustan los líos, morucha.

Ella permaneció silenciosa, mirando al hombre como si no acabase de comprender. Finalmente, dijo:

—Está claro. Te ha gustado la rubia.

—Antes de conocer a la rubia había decidido que tan pronto dejase la cosa resuelta, dejaríamos de vemos.

—No puedo creer que tengas miedo.

—Después de lo sucedido, puedes creer lo que te parezca bien. Pero hay clara una cosa: ni me gustan los líos, ni quiero compartir la mujer con nadie.

—¿Así, pues, me despides?

—No eres una sirvienta, no puede haber despido. Sencillamente, no quiero... Interrumpió la morena, diciendo en remedo burlesco, no exento de gracia:

—No quieres líos.

—Exactamente, no quiero líos.

—¡No puedes dejarme así, precisamente ahora que te necesito más que nunca!

—Me has necesitado hasta que he dejado resuelto el problema planteado. El chantaje desapareció...

Siguió un lapso de silencio. Sheila dijo finalmente:

—Está bien, me vengaré. No sé aún cómo, pero me vengaré, Douglas Wrieth. Es la primera vez que un hombre me desprecia.

—No te desprecio. Se impone la realidad. A ti te falta valor para romper con Roger.

¿Qué quieres que haga yo?

—Lo que has hecho hasta ahora.

—No, nena, de eso ni hablar. No sirvo para ciertos papeles.

—¿Has servido hasta ahora, no?

—Lo ignoré hasta que salió lo del chantaje de ese fulano. Y opino que sobran ya las palabras. No eres tonta y me comprendes bien.

—Sí, te comprendo bien. Mejor de lo que imaginas. Ha surgido la rubia ésa...

—No quieres comprender y lo siento. Me hubiese gustado que nos separásemos amigablemente. Creí que lo había ganado con mi lealtad hacia ti.

—Eres escoria, del arroyo, lo mismo que Roger... Te arrepentirás, te lo juro. La sugestiva morena abrió la puerta, y desde ella amenazó aún:

—Te arrepentirás.

* * *

Fue inútil que Wrieth buscara a la sensacional rubia en los dos días siguientes, durante los cuales tuvo abandonado el trabajo.

La buscó no solamente en Greenwich Village, sino en lo que era centro de la industria del vestido, ya que, según ella le había dicho, trabajaba de modelo.

Al fin hubo de darse por vencido.

—Es posible que se haya burlado de mí y que no sea cierto que viva en donde me dijo. Supo aprovechar para sus fines mi presencia en la oficina de Wilding, y luego, si te he visto, no me acuerdo.

En los dos días, particularmente por la noche, había recibido varias amenazas de muerte.

No había sido siempre la misma persona la que había amenazado, y tan pronto era un hombre como una mujer quienes llamaban.

Al tercer día, terminaba de entrar en su departamento estudio, cuando llamaron a la puerta del mismo.

Entró Mona Reynolds, la linda pelirroja de atractiva figura que le servía frecuentemente de modelo.

—¿Tienes ganas de trabajar? —preguntó tímidamente.

—No muchas, pero trabajaremos. Como sea, cobrarás...

—Si no trabajo, no cobro...

—Está bien, trabajaremos. Eres una buena chica, Mona...

—No soy buena. Mi vida... En fin, prefieres que no te hable de ella.

—Si te sirve de alivio, puedes hablar.

—Me gusta hablar contigo porque tú me comprendes...

—Los que hemos salido de abajo estamos en condiciones de comprendemos.

—Estoy sola, Doug, muy sola. Un hombre no puede saber bien lo que es eso. Vivís de otra manera. Si yo muriese nadie me echaría de menos; tal vez tú...

—¿Quién piensa en morir? Estás perfectamente bien...

—Tengo el presentimiento de que moriré pronto... Fui a consultar a una adivina y ella me lo dijo también...

—Ríete de los peces de colores. A mí me han pronosticado la muerte centenares de veces. Y en las dos últimas noches he recibido bastantes amenazas...

—Cuídate, Doug. Creo que te metes en demasiados líos. Lo sentiría por ti y porque eres el único amigo de verdad que tengo.

—Gracias, Mona. Puedes estar tranquila. Yo no he consultado ninguna adivina así es que puedo estar tranquilo...

—No te burles, Doug. Ella misma me hizo ver mi cadáver en la bola de cristal. Me enterraban con otro nombre que no era el mío y luego vi que ardía en la sepultura.

—¿No estarías soñando?

—¡No! Te aseguro que lo vi...

—Creo de verdad que debes ir a un médico, Mona. Eso puede ser una afección de tipo nervioso...

—¡Lo vi, estaba despierta!

—Lo creo; pero sin duda te sugestionaron... Y otra cosa. Cuida las comidas, particularmente la cena. Y no te acuestes hasta las tres horas de haber cenado.

La ayudó paternalmente a que terminase de vestirse, le pagó como cada día y le dio una animadora palmada en la espalda.

—Cuídate, haz lo que te digo. Verás cómo tan pronto te encuentres fuerte desecharás todas esas preocupaciones.

Aún no había salido Mona cuando llamaron a la puerta del estudio. Se despidió la modelo y a tiempo que ella salía se presentó una linda pelirroja, elegantemente vestida y perfumada, tan atractiva como Mona y de su edad, aproximadamente.

Salíó Mona, y entró la recién llegada, la cual se desenvolvió con cierta timidez. Al quedar sola con Wrigth se apresuró a decir:

—Sí, ya sé que no debiera haber venido... Tú no quieres líos.

—Al menos, debieras haber avisado...

—¿Es una de tus modelos? —preguntó la recién llegada.

—Sí.

—Parece una buena chica.

—Lo es.

—No me importa que me haya visto. Mi situación con Stanley es insostenible...

Particularmente estos tres días, desde que le zurraste, no hay quien lo aguante.

—La verdad es que no comprendo cómo te casaste con él...

—Necesitaba dar una solución a mi vida. Y él representaba esa solución —confesó la pelirroja.

—Las aguas del Hudson habrían resultado un final menos desastroso que tu matrimonio con ese indeseable.

—Lo he pensado más de una vez; pero la vida es amable, soy joven y no carezco de atractivos aunque *tú* no me hagas caso...

Señaló la pelirroja una pausa esperando alguna palabra de protesta o excusa de Doug, pero él permaneció silencioso.

Ella siguió:

—¡Estoy desesperada, Doug! Y he venido a molestarte por eso.

—Tú no molestas nunca; aunque por tu especial situación hubiese preferido que avisases. Esa chica es callada, pero otra podría hablar más de la cuenta. Aquí vienen modelos de todas clases.

—¿Y yo no te sirvo? —preguntó con cierta coquetería.

—No quiero líos...

—No estoy mal del todo. Aunque nunca has querido verme.

—Estoy seguro de que eres maravillosa; pero...

Dejó la frase en el aire a la comprensión de la pelirroja. Dijo luego:

—Pero vamos con tu desesperación y a saber en qué puedo ayudarte. Esther Wilding varió de entonación, se retorció las manos y dijo:

—¡La verdad es que no sé en qué puedes ayudarme! El sospecha que yo te facilité informes sobre el chantaje que intentaba a Sheila Adams...

—Si es eso, hablaré con él. Y le haré ver que no fuiste tú, que fue la suerte la que me ayudó. La suerte y el control estrecho que hice al teléfono de la perjudicada para saber desde dónde la llamaban.

—¡No, por favor! Eso precipitaría los acontecimientos... Lo siento gravitar sobre mí esperando el momento propicio para asesinarme.

—Hazle saber que te has dado cuenta de ello y que si te mata has tomado las medidas para que él vaya a la silla eléctrica.

—Aunque a veces cometa errores como el del chantaje a Sheila, él es inteligente, y ahora se muestra más cuidadoso que nunca.

—¿Te ha amenazado de muerte?

—No, es lo que te iba a decir; pero he leído mi sentencia en sus ojos. Yo estoy enferma y él terminará conmigo agotando mis nervios. Llegará a provocar uno de esos ataques que me dan. Y me quedaré en él. Me lo avisó el médico cuando me dio el último.

—Eso tiene una solución. Lárgate a Florida o a California. Si consideras que quedas demasiado cerca de él, te largas a las Hawai o a Tokio.

—¿Es que me tomas en broma?

—Nada de bromas. No veo otra solución. Si él te hubiese amenazado lo podrías denunciar; pero ni siquiera te ha amenazado.

—¿Es que vas a permitir que me maté?

—Dispongo de mil dólares para que te largues.

—¡No necesito dinero!

—¿Qué puedo hacer, me quieres decir?

Se mantenía el diálogo con viveza, casi con rabia por parte de la pelirroja Esther. Ella permaneció en suspenso. Al cabo dijo con expresión desolada:

—En realidad, no lo sé. Si me veo en peligro, te llamaré —respondió—. ¿Acudirás? —preguntó a continuación.

—Acudiré. Todo lo más que puede suceder es que le vuele la cabeza a tu marido. En realidad se la he debido volar el otro día.

—Gracias, Doug. Estaba segura de que no me abandonarías.

Se abrazó estrechamente a él sin que el joven le correspondiese. Esther no pudo ocultar su despecho aunque trató de disimularlo y dijo:

—Yo sé que sacaste cara por la rubia. Parece que te ha impresionado.

—Ella aprovechó la situación creada, que no es lo mismo. La chica me gustó, no lo niego; pero no nos hemos vuelto a ver. Por Sheila Adams hice más que por ella. Y haría lo mismo por ti si fuese necesario.

—¿Me pintarás otro retrato?

—No repito jamás mis obras.

—Será diferente. Con algunas modelos trabajas durante meses en diversas cosas...

—Son modelos, Esther...

—Comprendo. No te intereso. Te llamaré si te necesito, aunque procuraré no molestarte...

CAPÍTULO IV

Dos días más tarde a Doug le pareció ver de lejos a Connie Gray, la sensacional rubia que había conocido en la oficina de Wilding, y lanzó el automóvil en seguimiento de ella.

A menos de doscientas yardas, cuando ya la consideró segura, la chica tomó un taxi que con ayuda de los semáforos reguladores del tráfico, se despegó bastante del automóvil de Doug hasta el punto de que éste llegó a perderlo de vista.

Aceleró el joven pintor y alcanzó a verlo de nuevo cerca del East River Park, en dirección al Bellevue Hospital.

De improviso se le echó encima un camión de veinte toneladas, el cual salía de una calle confluyente, a contra dirección.

Recordó Wrihth cuáles eran los procedimientos que empleaba Roger Miller para librarse de la gente que le molestaba. Y le vino a la mente la amenaza de la despechada Sheila Adams.

Todo ello pasó por su imaginación en fracciones de segundo a la vez que de manera instintiva maniobraba hábil y rápidamente, y salvaba la embestida, quedando detrás del camión.

Los que habían atacado supieron elegir el momento y el lugar, poco concurrido a aquella hora.

Los del camión demostraron también gran pericia y extraordinario dominio de sus nervios e hicieron frenar al vehículo, el cual retrocedió inmediatamente tratando de «planchar» el automóvil deportivo de Doug.

El pintor, extraordinario de reflejos, intuyó el segundo ataque y maniobró nuevamente burlando la acometida y esquivando también a los automóviles que circulaban normalmente.

Pero había quedado en situación desfavorable en la que no hubiera sido fácil esquivar una tercera acometida, la cual adivinó

también.

Antes de que se iniciara sacó una pistola y disparó contra las ruedas delanteras del camión, las cuales reventaron con estruendo, dando el vehículo una sacudida.

E inmediatamente Doug lanzó su automóvil a una velocidad bastante superior a la permisible, sacándolo rápidamente de la vista de los del camión para evitar que pudiesen tirar contra él.

Una vez lejos del peligro tuvo ocasión de pensar en la rubia del taxi, a la cual había perdido de vista.

¿Era posible que se hubiese prestado a servir de cebo, o había actuado como lo había hecho por pura casualidad?

¿Qué parte tenía Sheila en el ataque de que había estado a punto de ser víctima? Decidió que era mejor no pensar.

Había rebasado el Hospital Bellevue, llegó hasta la calle Treinta y Cuatro y se dirigió hacia el oeste para regresar al Greenwich Village.

Pese a su normal optimismo, cuando llegó a su apartamento no se hallaba de buen humor.

Encontró en él a Mona Reynolds.

La linda modelo se había dormido en uno de los cómodos butacones. Ella, que no dormía con sueño tranquilo, se despertó sobresaltada cuando al entrar Doug, encendió la luz.

Se levantó de un salto al reconocerlo y corrió a su encuentro, tendiéndole las manos que él estrechó.

—¿Qué te sucede? Estás fría, nerviosa.

—He vuelto a ver cómo se enterraban. Y que luego prendían fuego a mi tumba...

—En esta ocasión no ha sido en la bola de cristal de la adivina donde lo has visto.

—No. Pero era cierto... Y he visto también que intentaban aplastarte con un camión muy grande y que tú lograbas burlarte de ellos.

Doug se sintió desconcertado. Miró a los ojos de la chica, tratando de saber si ella sabía algo y estaba representando una comedia.

Pero la pelirroja demostraba demasiado nerviosismo, mucho miedo. Llegó al convencimiento de que era sincera.

—Está bien, pelirroja. Ya estás despierta. No tardarás en

convencerte que esas visiones son producto de malas digestiones o de los nervios. ¿Has ido a algún médico?

Negó con la cabeza y dijo luego:

—Tengo miedo a los siquiátras...

—Pero no les tienes miedo a esas farsantes de la bola de cristal.

—Fue un impulso irreprimible. Iba una amiga y yo fui con ella.

Le salen siempre las cosas tal como las ve en la bola de cristal...

—Si no quieres ver al siquiátra porque le tienes miedo, debes ir a un médico del aparato digestivo. Tengo un buen amigo de esa especialidad y mañana te acompañaré yo a él. ¿De acuerdo?

—Como tú quieras...

Mona, que respiraba aún agitadamente, señaló para el teléfono y dijo:

—Te ha llamado una mujer...

—No te habrá dicho quién era...

—No me lo ha dicho. Solamente me dijo que te dijese que corría peligro, mucho peligro. Presentía que el ataque estaba a punto de producirse...

—¿No te dijo más?

—No. Dijo que volvería a llamar si podía, que la espiaban, que oía pasos cerca... Doug no hizo comentario alguno.

Y Mona dijo:

—Era la pelirroja que llegó hace un par de días, cuando yo marchaba, ¿verdad? Me ha parecido su voz.

—Supongo que sí...

—Me dio la impresión de que no está bien de la cabeza.

—No lo está. Le dan unos ataques...

—¿Vas a ir? —preguntó Mona con expresión angustiada.

—No lo sé...

—¡No vayas! ¡Tengo miedo! Me quedaré contigo...

—Está bien. Si crees que debes protegerme...

—Soy yo quien necesita tu protección...

—La verdad es que le prometí que acudiría...

Mona tomó a Doug por las manos y se las estrechó de manera frenética:

—¡No debes ir, créeme! Esa mujer está loca, pero no como tú imaginas. Es algo extraño, algo que yo no podría comprender...

Les interrumpió el zumbador del teléfono. Doug acudió a la

llamada; y preguntó:

—¿Sí?

Le llegó el turno de la sorpresa al escuchar la voz cálida, vibrante, de Sheila Adams en lugar de la de Esther Wilding.

—¡Hola, Doug! Me alegro de que hayas resultado ileso...

—Seguro que te alegras. ¿Qué me preparas para mañana? — preguntó con manifiesta ironía.

—¡No ha sido cosa mía, te lo podría jurar! Ni tampoco de Roger. Cuando se ha enterado se ha enfadado porque han empleado su procedimiento. Y sus muchachos han salido en busca de los que te han atacado. No tardarán en maldecir lo que han hecho.

—¿Sabes que resulta emocionante todo eso?

—¡Debes creerme, Doug! Te enterarás por los periódicos. A Roger no le importa tu vida; pero le fastidia que le copien sus procedimientos, que quieran cargarle lo que su gente no ha hecho.

Sheila parecía sincera. Doug comprendió que lo era y se apresuró a excusarse:

—Está bien, nena, te creo. Perdona mi ironía.

—Estaba segura de que habías pensado en mí... Yo no podría hacer nada contra ti a menos que lo hiciera personalmente. Me gustaría matarte, pero habría de ser yo misma, ¿comprendes?

—No lo comprendo. Tendría que ser mujer y estar en tu caso para comprenderlo. Yo pensé que habría ganado tu agradecimiento, pero me equivoqué. No hay quien os entienda a las mujeres...

—Creo que yo misma no me entiendo... Ya sabes lo que hay, Doug. Cuídate para mí, quiero ser yo quien te mate. Y procura enterarte de dónde te ha podido llegar el golpe.

Sheila cortó la comunicación sin aguardar la respuesta del joven pintor. Éste señaló un ademán que reflejaba perplejidad e indiferencia a la vez.

—Otra que no está bien del piso de arriba —dijo a guisa de comentario.

Mona permaneció silenciosa observando a Doug, el cual dio la impresión de hallarse ausente de sí mismo.

El joven pintor, pensando en la rubia, dijo para sí aunque Mona lo pudo oír:

—Me gustaría saber si la aparición y la marcha de ella fue casual, y los otros se aprovecharon; o si es que ella se ha prestado a

servir de cebo.

Mona intervino para decir, como un eco a los pensamientos de Wrigth, formulados en voz normal:

—Creo que terminaremos todos mal de la cabeza, Doug.

—Es posible. El equilibrio resulta fácil de perder cuando empujan por un sitio y tiran por otro. Es la sociedad, más civilizada cada vez, ¿comprendes? —terminó preguntando con ironía.

Mona sacudió la cabeza negativamente y dijo seguidamente:

—No te comprendo. Sé que soy una pobre chica y que el ser linda y atractiva tal vez me ha hecho más daño que bien.

—Eres una de tantas víctimas de esta civilizada sociedad...

—No irás a ver a esa pelirroja, ¿verdad? —preguntó Mona obsesionada con su idea—. Presiento que la muerte está allí.

—Si estás despierta, Mona, creo que debes ir a un neurólogo en lugar de ir a un médico del aparato digestivo. Yendo a tiempo bastará con un tónico nervioso, unas vitaminas y un par de meses de descanso. Puedo ofrecerte dos mil dólares y no tienes por qué preocuparte. No los necesito...

—Eres muy bueno, Doug, demasiado bueno para la gente entre la cual vives, particularmente, ellas.

—Gracias por haberme aguardado, Mona, Vete a casa a descansar y mañana irás a ver a un neurólogo amigo. Ahora te daré los dos mil dólares para que te vayas tan pronto te diga él.

Mona se dispuso a protestar; pero en el mismo momento en que abría la boca sonó el zumbador del teléfono.

Doug descolgó a la vez que decía a su modelo:

—¿Ves? Un adelanto, además, muy útil; pero que a veces fastidia más que da utilidad...

Y creo que éste es uno de esos casos.

Aún no había llevado el auricular al oído cuando ya se oyó la voz de la pelirroja Esther Wilding, que llamaba:

—¡Doug! ¡Por favor! ¡Doug! ¿Estás ahí...? ¡Doug...!

El joven cambió una mirada de entendimiento con Mona y preguntó luego:

—¿Qué sucede?

—¡Estoy segura de que él me quiere matar, Doug! ¡Ayúdame!

—Creo que te di la receta. Un viaje, cuanto más lejos mejor...

—¡No! ¡Me siento enferma, destrozada...! He tenido un principio

de ataque... Temo que me repita y él se aprovechará para terminar conmigo.

—No se atreverá. Sabe que detrás de tu asesinato quedaría para él la silla eléctrica.

—¡El es muy hábil y se salvaría! ¡Tú no lo conoces bien! ¡Es muy inteligente! El cometerá el crimen perfecto porque no necesitará tocarme para terminar conmigo...

—¿Está él ahí?

—No. Pero se acerca, siento que se acerca... ¡No tardes, Doug! Lo dijo con voz extremadamente angustiada y añadió:

—¡Ven enseguida o encontrarás mi cadáver...!

A la exclamación siguió una especie de angustiado gorgoteo, el ruido de un cuerpo que cae desmayadamente y el del tubo telefónico al quedar colgando en el aire, golpeando contra algún sitio en su movimiento pendular.

—¡A pesar de todo, no vayas! —pidió Mona que había estado atenta a lo que decía Esther Wilding.

—No tengo más remedio que ir. Toma los dos mil dólares. Te daré una tarjeta para mi amigo...

—No quiero nada... Si no te molesta, te aguardaré aquí. No me preocupa mi reputación...

Lo dijo con amargura, casi con odio, pero que no iba dirigido contra Wrigth.

Llamó Doug a la oficina de Wilding. Y le respondió una voz que correspondía a una mujer; pero a una mujer que debía apestar a tabaco negro y a *whisky* del peor.

—Con el señor Wilding, por favor.

—El señor Wilding no está.

—¿Es usted su secretaria? —preguntó Doug.

—¿Su secretaria? ¡Qué más quisiera una! Para mí pasaron esos tiempos de las faldas ajustadas y de enseñar las piernas, que es lo bueno de las secretarias, sí señor.

—¿El señor Roscoe tampoco está?

—¿Ese tipo patibulario? No, señor. Hace algunos días que no se acerca por aquí y una se alegra. La seguía a una con la mirada como si una fuese a cargar con todo.

—Y usted no cargaba con nada.

—Con los trastos de la limpieza, ¿le parece poco? Los tiempos

cambian, una se hace vieja y es eso lo que queda.

—¿Hace mucho que se ha ido el señor Wilding?

—Cuando vine a limpiar, no estaba ya. Luego volvió. Parecía trastornado...

—¿Hace mucho de eso? —inquirió Doug.

—Yo diría que poco más de media hora porque haría una media hora que yo había empezado... Anduvo revolviendo y ensuciando en donde yo había limpiado ya. ¡No hay conciencia, no señor!

—No la hay, está usted en lo cierto. Porque si al menos le pagara a usted más...

—¿Más? Ése es de los que pagan menos.

—Total, que luego de ensuciar, se largó...

—Justamente, señor. Puede que haga unos cinco minutos...

—Gracias...

—¿Quién le digo que ha llamado?

—Puede decirle que ha sido su amigo Doug...

—De acuerdo, Doug, encantada. Una no está ya como hace treinta años, no señor. Entonces triunfé en Broadway. Si me ve, no lo creería...

—Lo siento...

—Y yo también lo siento; más que nadie porque me toca muy de cerca. No supe guardar, y... Eso es todo.

Fue ella la que cortó la comunicación deseosa de evitar una nueva palabra de compasión por parte de Wrighth.

Mona, que lo había escuchado todo, dijo a Doug:

—Yo no triunfé en Broadway. Apenas si me dejaron asomar a él... Pero no terminaré como ella, no señor...

—Me encargaré de tu futuro próximo, Mona. Si me esperas lo discutiremos cuando regrese. Pero habrás de obedecerme...

—¿Deseas que te espere? —preguntó la pelirroja.

—Naturalmente. ¿No te encuentras mejor aquí?

—Sí.

—Entonces, aguárdame...

—Está bien. Aunque preferiría que no te marchases.

Wrighth consideró que era mejor no responder. Volvería a trabarse en discusión y tenía prisa. Estaba seguro de que en casa de los Wilding sucedía algo anormal.

Consultó su reloj.

¿Habría tenido tiempo Wilding de llegar a su casa en ocasión de poder escuchar la conversación de su mujer?

Era de suponer que él tendría llave y que podría entrar sin hacer ruido.

«¿Corría Esther un auténtico peligro?». —Se preguntó Wrioth.

—¿Qué te sucede? Yo diría que no estás aquí —manifestó Mona.

—A veces estamos ausentes de nosotros mismos...

—He visto en tu mirada algo extraño, Doug. Ten cuidado...

Minutos después Doug Wrioth hacía correr su automóvil en dirección al edificio en donde residían los Wilding.

CAPÍTULO V

Cuando Stanley Wilding llegó a su casa deseó fervientemente encontrarla como siempre, aunque Esther lo recibiese con la hostil frialdad a que lo tenía acostumbrado.

Deseaba de verdad que todo hubiese sido un sueño, que ella estuviese viva.

No podía creer que aquel cuerpo joven y hermoso se hubiese despedido para siempre de la vida, para irse sometiendo al lento proceso de la descomposición en el nicho doble que ella le había hecho adquirir en un cementerio.

Cuando le había hecho comprar el nicho habían aparecido ya, no las nubes, sino los nubarrones y hasta las tormentas, en su matrimonio.

Pero a veces ella todavía se mostraba cariñosa, solícita y hasta apasionada; aunque tal vez lo último fuese una ficción.

Porque Esther habría triunfado en Broadway a poco que lo hubiese intentado. Nadie fingía tan bien como ella cuando le interesaba. Era la comedianta nata.

Abrió Wilding la puerta sin hacer ruido, temiendo despertar a Esther, deseando despertarla a la vez.

Cerró a sus espaldas. Todo estaba silencioso, oscuro. Únicamente las luces oscilantes que salían de la sala convertida en capilla ardiente.

Avanzó con timidez, sobre las puntas de los pies, deseando que todo aquello fuese una pesadilla...

Pero no. En la caja, sobre el pequeño túmulo, entre los cuatro gruesos cirios montados en artísticos candelabros, estaba ella con los ojos cerrados, tal como la había dejado una hora antes.

Inmóvil... Muerta...

No era una pesadilla. Era una realidad.

Por su mente, en rápida sucesión de imágenes desfiló todo lo sucedido aquella tarde.

La angustiada llamada telefónica de ella a su despacho diciendo que se encontraba mal, que tal vez no la encontrase viva.

Voló materialmente en dirección a su casa. Ella yacía en el suelo, como muerta, cerca del teléfono cuyo tubo colgaba pendulando aún.

No necesitó llamar al doctor Clark Lowens, que llegó apresuradamente, inmediatamente detrás de él.

Sin saludar casi, Lowens le había dicho:

—Ella me avisó. Dijo que se moría...

Vivía aún, pero tras inyectarla, no tardó en anunciar Lowens:

—Todo inútil. Ha muerto. Le advertí una y otra vez que se cuidase...

A Wilding le había parecido advertir una mirada acusatoria en el médico y no se atrevió a replicar, ni siquiera a defenderse.

Todo lo que había seguido después había sido lo corriente en aquellos casos. El certificado del médico.

Luego había llegado una vecina, una artista fracasada que había tenido que marcharse enseguida a su trabajo.

Los de las pompas fúnebres se habían encargado de dejar todo arreglado. Después soledad, la soledad absoluta. Ella estaba allí, pero muerta.

No volvería a acusarlo de que la quería matar, de que buscaba deshacerse de ella.

—¡No era cierto! ¡Yo quería que viviese!

Se sorprendió Wilding diciéndoselo en voz alta.

Después había vuelto a su oficina a ultimar unas cosas. Cerraría unos días, se iría fuera tan pronto la enterrasen a ella en el nicho doble que le había hecho comprar.

Y allí estaba de vuelta, contemplándola de nuevo, deseando que todo fuese una comedia más de las que ella le había hecho en otras ocasiones.

Ella había sufrido ataques de catalepsia que le habían durado horas, días, ataques en los que se había enfriado, se había quedado rígida, dando la impresión de que estaba muerta.

—¿Por qué no será ahora lo mismo?

En un momento recibió la impresión Stanley Wilding de que Esther señalaba en su rostro una sutil mueca burlona.

Se acercó más y comprendió que había sido un efecto producido por las llamas oscilantes de los cirios.

La tocó.

Estaba fría. Aquello era la muerte, el fin.

Le costó trabajo separarse de allí, pero lo consiguió. Y fue a su despacho una vez en el cual abrió la caja de caudales.

Nunca había querido guardar los valores en los Bancos. Había preferido tenerlos en su poder. Algunos no habían llegado limpiamente a sus manos. Pero antes de emprender el viaje, los depositaría en un Banco.

Contó por encima. Tenía allí valores, todos ellos cotizables, por valor de más de doscientos cincuenta mil dólares.

Con la renta de ellos viviría espléndidamente en algunos países de Europa en donde la moneda estaba baja, con relación al dólar.

Poseía una buena cantidad de dinero en efectivo. Pasaba de los veinte mil dólares. Y estaban las alhajas cuyo valor no era despreciable.

Hizo un apartado con algunos documentos que le habían servido para hacer chantaje y que le habían proporcionado buenas ganancias.

Por el momento aquel negocio quedaría en suspenso. Cuando regresara tal vez se decidiese a terminar con tal «negocio», realizando lo que consideraba firmes valores.

Recordando lo sucedido días antes con Wright, pensó que tales valores podían presentar más quiebras de las deseables.

Separó un sobre que se refería a un asunto turbio en que se había visto complicado el padre de Connie.

Pensaba esgrimirlo contra ella si no le devolvía los valores que Wright le había obligado a entregarle.

Era algo que había estado poco menos que olvidado y que había vuelto a sus manos aquella tarde, cuando había retirado de su oficina todo lo que tenía un valor explotable.

Wilding vaciló entre guardarlo con los valores negociables y los que le podían servir para hacer chantaje, o llevarlo consigo, junto con el dinero efectivo.

Llevándolo con él podría inquietar a Connie Gray e incluso

obligarla a que fuese a verle adonde él se hallase.

Se decidió por lo último y lo situó junto a los billetes que había amontonado. Percibió un leve ruido a sus espaldas y se estremeció.

Se trataba de un ser vivo y él estaba solo en el pequeño piso, sólo con una muerta.

Porque Esther estaba muerta.

La persona que se acercaba a él por la espalda arrastraba ligeramente los pies al andar.

Y Wilding experimentó la sacudida de un escalofrío. Pensó que si él estuviese muerto y hubiese podido aparecérselo a alguien, andaría precisamente de aquella manera.

Percibió un respirar angustiado, estertóreo y se volvió lentamente.

La visión de lo que tenía ante sí lo inmovilizó tan pronto quedó en la línea de su mirada.

Wilding palideció intensamente, sintió que le faltaban las fuerzas. Quiso gritar y no pudo.

Al fin logró emitir con voz ronca:

—¡No...! ¡Yo...!

No pudo seguir.

Se había producido el ruido de un disparo de pistola el cual apenas se oyó, pues la pistola llevaba silenciador.

Al mismo tiempo que se producía el ruido vio el fogonazo y sintió el choque de la bala que penetraba en su cuerpo.

Wilding se estremeció y se llevó las dos manos a la parte superior del vientre, lugar en donde le había alcanzado la bala.

Siguieron dos disparos más. Una de las balas le hirió en una mano y se le clavó en el estómago.

Recibió Wilding la sensación de que éste le ardía.

Se había inclinado ligeramente hacia adelante y la tercera bala le alcanzó la boca. A pesar de ello continuaba vivo.

Se le doblaron las piernas y comenzó a caer lentamente mientras que la sangre salía a borbotones de las tres heridas, y su rostro, la parte del rostro que no había sido destrozada, reflejaba un terror infinito.

Dobló una rodilla, luego la otra y finalmente se fue doblando todo él blandamente hasta quedar en el suelo hecho un ovillo, perdida toda la noción de vida.

En el reloj de pared de su despacho, bastante anticuado, dieron las nueve.

La muerte había acudido con puntualidad. No hacía mucho tiempo una adivinadora le había predicho que moriría a esa hora, justamente a las nueve de la noche.

Su caja de caudales había quedado abierta. Y fuera de ella, sobre la mesa, todo lo que había ido amontonando durante unos años de granujerías, chantajes y negocios sucios en los que no quedaban excluidos la trata de blancas.

Había traicionado a sus amigos, no había vacilado en hundir en el deshonor o la miseria al que había quedado al alcance de sus manos.

«¿Y todo para qué?», había sido su último pensamiento.

Las llamas de los cirios oscilaron, alargando las sombras. Alguien se movía con cautela y seguridad a la vez acercándose a la mesa en donde estaba lo que Wilding había logrado acumular.

CAPÍTULO VI

Doug Wrigth se disponía a llamar a la puerta del piso que ocupaban los Wilding, cuando advirtió que aquélla se hallaba solamente entornada.

El detalle no le hizo gracia alguna a Doug, el cual vaciló, aunque su vacilación duró poco.

Empujó suavemente, mirando recelosamente a un lado y a otro.

Descubrió la luz del despacho personal del dueño de la casa. Y descubrió también las luces oscilantes de los cirios.

Sintió que se le erizaban los cabellos convencido de que sucedía algo anormal. Cerró Wrigth sin hacer ruido y cruzó el pequeño *hall*.

Lo primero que quedó a su vista fue el ataúd en donde se hallaba Esther.

—¡Diablos!

Quedó inmóvil Doug, mirando fijamente el ataúd, pero sin descuidar la puerta del despacho de Wilding, el cual daba la impresión de estar vacío a pesar de la luz, no excesiva que lucía en él.

—¿Qué clase de broma es ésta? —se preguntó. El joven pintor volvió a consultar su reloj.

Desde la llamada de Esther no había tiempo para que ella hubiese muerto y estuviese ya en su ataúd, en la capilla ardiente.

Venció el joven la atropellada serie de encontradas emociones que vivían en él y se decidió a adelantar hasta la puerta de la capilla ardiente, empuñando la pistola que llevaba en la funda sobaquera.

Asomó lentamente en la sala en donde yacía Esther. Recordó las circunstancias que lo habían llevado hasta allí y dijo:

—Esto huele a trampa que apesta. La capilla ardiente estaba

sola.

Salió, pendiente siempre de que se produjese algo anormal. Nadie en el *hall*.

Redobló sus precauciones al entrar en el despacho de Wilding.

La sorpresa fue muy diferente de lo que esperaba. En el suelo, muerto según pudo comprobar enseguida, se hallaba el marido de Esther.

La caja de caudales estaba abierta, pero vacía de todo lo que pudiese significar valores.

Y lo mismo sucedía en relación con la mesa en donde se hallaba todo cuando Wilding había sido alcanzado por los tres disparos que lo habían dejado sin vida.

—¡Una trampa, una maldita trampa!

El portero y el ascensorista lo habían visto entrar; y el ascensorista recordaría que lo había dejado en la planta correspondiente al piso en donde se había cometido el asesinato.

Porque estaba claro que era un asesinato, no cabía la teoría del suicidio.

Retrocedió Wrioth llegando hasta la puerta del despacho. Dio dos pasos por el *hall* hasta quedar en su círculo de visión el ataúd con Esther en él.

Experimentó impulsos de acercarse a él.

—Me gustaría saber si tiene un doble; y si no lo tiene, sería interesante saber cómo se las ha arreglado para hablar conmigo por teléfono estando muerta.

Negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—No. Esto es cosa de la policía...

Recordó la conversación que había tenido con la mujer que limpiaba la oficina de Wilding a poco de haber mantenido su conversación con Esther, o con su doble.

Volvió entonces hasta donde estaba el cadáver del dueño de la casa.

—La mujer de la limpieza no me mintió. Apenas si harán quince o veinte minutos que lo han matado. Y lo han matado para robarlo. ¿Quién...?

Volvía a sentirse desconcertado.

Retrocedió otra vez y quedó contemplando el féretro y el pálido semblante de Esther.

—Me gustaría conocer la verdad de lo sucedido aquí...

Volvió a dominar en él la idea de que le habían tendido una trampa. De lo contrario, ¿cuál podía haber sido el motivo de la llamada de la persona que había suplantado a Esther?

—Está claro. Tal vez han aguardado a que yo acudiera para avisar a la policía. Y ésta no tardará en llegar.

Cabía que por la descripción que hicieran de él tanto el portero como el ascensorista, la policía llegase a localizarlo; pero aquello era algo que estaba por llegar.

—En cambio, si me encuentran aquí, no tendré solución. La trampa tiene mucho de diabólica...

No lo pensó más y se dirigió a la puerta.

En aquella ocasión guardó la pistola que había mantenido desenfundada y sacó el pañuelo.

Debía abrir con él para no dejar huella. Y pasar luego el pañuelo por la parte de puerta donde había tocado para abrir.

Se detuvo a escuchar antes de abrir.

—Nada...

Abrió con cuidado, pero mirando hacia el ataúd, recibiendo la impresión de que había en él algo extraño.

Y en el momento en que abrió y se dispuso a salir, tropezó con alguien que se disponía a llamar a la puerta en aquel momento.

Se sintió contenido por unas manos que evitaron que el choque resultase violento. Y siguió un grito femenino.

Doug, que había salido de espaldas, se volvió rápidamente, encontrándose frente a Connie Gray.

Wright, que se disponía a cerrar, se contuvo y silbó con expresión que reflejaba la sorpresa que le dominaba en aquel momento.

Parpadeó deslumbrado mientras que a Connie la hizo parpadear el asombro.

—¿Viene de visita? —inquirió Doug.

—Sí... En cambio usted daba la sensación de que salía de robar.

—Me he encontrado ahí dentro con dos fiambres y con toda seguridad, un robo.

—¡No!

—¿Movimiento de policía en la calle?

—No he visto nada —respondió la chica.

—¿Quiere echar un vistazo? Y ya hablaremos. Creo que debemos largarnos luego rápidamente.

No olvidó Doug pasar el pañuelo por la parte de la puerta en donde había hecho presión anteriormente para abrir. Y en aquella ocasión empleó el pañuelo para no tocar directamente.

Advirtió a la sensacional rubia, a la cual tomó de la mano:

—Mucho cuidado. No toque nada. Y no se desmaye, por favor. La llevó primero hasta el despacho, avisándole antes:

—Han asesinado a Wilding.

Le bastó un vistazo a la chica para hacerse cargo de la situación. Fue valiente aunque Wrigth advirtió que ella había resultado fuertemente impresionada.

La sacó de allí a la vez que decía la rubia:

—Si le dijera que lo siento, mentiría. Él debía tener un final como el que ha tenido. Había entrevisto ella la capilla ardiente a cuya puerta la llevó entonces Wrigth.

—Ahí la tiene.

—Muerta...

—Eso parece; aunque no lo comprendo. Debe llevar ahí un mínimo de dos horas y aún no hace una hora que habló conmigo por teléfono.

—Y conmigo —informó Connie.

—¿Que no hace una hora aún que habló con usted? —preguntó con expresión de incredulidad.

—Si habló con usted, ¿por qué no había de hablar conmigo? —preguntó la chica.

—Tiene razón, nada que oponer. Aunque debo hacerle una pregunta.

—Hágala pronto y vámonos. El instinto me dice que esto es una trampa que se nos ha tendido.

—Acertó su instinto. Le puedo hacer la pregunta por el camino. Salieron.

Wrigth, a pesar de que había encontrado la puerta abierta, la cerró. Llegaron hasta el ascensor, el cual subía en aquel momento.

Y el joven tuvo una corazonada.

Tomó a Connie de la mano y tiró de ella, llevándola hacia el tramo de escalera que conducía al piso siguiente. Subieron hasta el lugar en donde la escalera formaba recodo y se detuvieron a

observar.

El ascensor se detuvo en la planta correspondiente al piso de los Wilding, se abrió la puerta del mismo y comenzaron por salir dos policías de uniforme a los que siguieron tres de paisano y dos más de uniforme.

Los dos jóvenes no necesitaron decir una sola palabra para comprenderse. Ambos pensaron en lo mismo: Les habían tendido una trampa. Pero ¿quién?

Se mantuvieron inmóviles. Tras el último de los policías había salido del ascensor el portero y éste abrió la puerta del piso.

Entraron los policías y el portero, a excepción de uno de los primeros que quedó en la puerta, de guardia. Y el ascensor, una vez cerradas las puertas, prosiguió su viaje de subida.

La expresión de la rubia Connie resultaba atormentada.

—Tranquila, jovencita. A lo largo de mi vida me he visto en situaciones más difíciles y he salido.

Dejó que el ascensor rebasara el piso siguiente. No bajó nadie en él.

—Vamos. Vía libre, por el momento. Cuidado con el ruido.

Habló en tono muy bajo a la vez que señalaba en dirección al policía que había quedado de guardia.

Subieron cuatro pisos más, deteniéndose si lo consideraban necesario para evitar ser descubiertos por los del ascensor cuando éste emprendió el viaje de descenso.

Les resultó relativamente fácil pasar a la azotea de la casa y de ella pasar a la de la edificación contigua, que daba a otra calle dentro de la misma manzana.

Diez minutos más tarde se hallaban en la calle.

—¿Llevas coche o prefieres el mío?

—Si hemos de hablar, iré contigo. No tengo coche.

—¡Es cierto! No recordaba que antes has tomado un taxi.

Wright espío la reacción de la rubia, la cual, aunque dando muestras de cierta extrañeza, dijo en respuesta:

—No he tomado ningún taxi. He venido en el «bus».

—No me refiero precisamente a tu venida a casa de los Wilding, sino a mucho antes, cuando lo has tomado en Broadway, frente al Woolworth Building.

—Hace mucho tiempo que no me puedo permitir el lujo de

tomar taxi. No he estado en esa parte que citas de la ciudad en más de dos meses. Y ni siquiera vivo ya en el Greenwich Village.

Había sinceridad en su expresión y mientras hablaba miraba con firmeza a Doug, que dijo en respuesta:

—Eso quiere decir que voy perdiendo facultades... Me pareció verte e intenté darte alcance. Parece que me equivoqué, no eras tú.

—Si fue en el lugar que dices y viste a la persona tomar un taxi, puedes estar seguro que no era yo.

Habían llegado a una esquina, próxima al lugar en donde Wrigth había aparcado su automóvil.

—Es mejor que aguardes aquí. Te recojo enseguida.

—Cómo te parezca mejor.

No se mostraba esquiva, no se advertía en ella curiosidad. Y Wrigth recibió la impresión de que lo hubiese tratado con la misma cordialidad de no mediar las circunstancias que casi la obligaban a ir con él.

—Todos estos días te he buscado en Greenwich Village. La rubia pareció satisfecha. Y respondió:

—Ya no vivo allí. Aquel mismo día me encontré con que la patrona había alquilado mi habitación...

—Eso no se puede hacer...

—Yo no le había pagado y la razón era de ella. Por otra parte, no me gustaba la casa. Vieja, destartalada... No me gustaban tampoco algunas de las compañeras, ni que admitiese algunos hombres como huéspedes...

—Comprendo.

—Ahora comparto una habitación con una amiga, cerca de la calle Cuarenta y Dos. La casa es limpia, la patrona agradable y no admite hombres.

—Eso está mejor.

—Y al compartir la habitación no estoy tan sola y me sale algo más barata.

—Todo son beneficios...

—Sí... Hasta la muerte de Wilding. Pero será mejor que vayas en busca del coche. Tenemos demasiado cerca a los Wilding muertos, y a la policía.

—¿Has cenado?

—No ceno. Debo guardar la línea.

—Esta noche harás una excepción...

—¿En tu estudio? —preguntó la rubia.

—No debes adelantarte. Cuando te proponga ir a él, habla entonces.

—Tienes razón. Ve...

No tardó en regresar Doug con su automóvil. Y Connie tomó asiento a su lado. Puso el automóvil en marcha.

—¿Cocina francesa? —preguntó Wrigth.

—Te he dicho que no ceno.

—Esta noche será una excepción. Quiero que engordes tres o cuatro kilos.

—Me echarían de la casa para la cual exhibo los trajes.

—No te preocupes. Yo te daré un buen empleo... Además, ahora eres rica con tus veinticinco mil pavos...

—Acepto la cocina francesa... Por una sola noche y prometiendo formalmente no obligarme a beber más de lo que yo pida.

—Aceptada la condición. No pensaba valirme del alcohol para atentar luego contra tu virtud... ¿Qué tal el «Pavillon»?

—¡No seas bestia! No había pensado en tal cosa.

—¿En el «Pavillon»? —preguntó Wrigth con expresión de ingenuidad.

—No te hagas el inocente. Sabes perfectamente a qué me refiero.

—De acuerdo, no se hable más del asunto. Y confía en mí de una vez.

—Tu pasado no es edificante en ese sentido —acusó la rubia.

—¿Quiere decir que te has estado informando? Eso me congratula...

—No te envanezcas. Ha sido un poco la casualidad y otro poco la indiscreción de Esther Wilding. Parece imposible que una mujer casada haga una cosa así y que tenga luego la desvergüenza de decirlo...

—Si te ha dicho que ha tenido relaciones conmigo, ha mentido.

—¿Ha mentido? —preguntó asombrada la rubia.

—Sí, debes creerme.

—Te creo. Esa mujer es capaz de todo... Pero no irás a negarme lo de la otra.

—No. Sería absurdo. Eso no significa que mi pasado sea negro, aunque tenga algunos lunares. ¿Quién no los tiene?

—¿Admitirías en mí los mismos lunares? —preguntó la rubia.

—¿Los tienes?

—No. Pero responde a mi pregunta.

—Si no los tienes, ¿a qué vamos a hablar de lo que no existe? Ya estamos cerca. Es allí.

La cara de Connie reflejó susto. Y se apresuró a decir:

—No voy vestida adecuadamente para un lugar como «Pavillon».

—Ni yo tampoco. Pero ambos tenemos educación; y yo, dinero para pagar.

—De todas formas...

—Hay que ser valientes...

Poco después se hallaban los dos jóvenes sentados frente a frente, cenando. Wriath había logrado que Connie se tranquilizase después de lo que había visto en casa de los Wilding y del miedo que había pasado cuando esquivaban a la policía.

Sin embargo, existían los motivos de preocupación, tanto por una como por otra parte, y fue Connie la primera en manifestarse.

—Resultaría una cena maravillosa, a no ser por todo lo que ocurre.

—¿Qué te obsesiona? Tú puedes estar tranquila...

—No puedo estar tranquila. Yo tenía motivos para asesinar a Wilding. Al menos será lo que piense la policía; y también lo que pueden pensar los miembros de un jurado.

Wriath reflejó en su gesto el desconcierto que experimentaba.

Respondió a la joven con expresión que debía resultar tranquilizadora para ella.

—No tienes por qué preocuparte. Soy yo quien ha llegado primero y por tanto, quien cargará con la responsabilidad, si no se encuentra al verdadero asesino.

—Lo malo es que yo he llegado primero que tú. Tanto el portero como el ascensorista me vieron, lo saben... —Fue la desconcertante respuesta.

CAPÍTULO VII

Doug permaneció con el tenedor en el aire, cerca de la boca, sin decidirse a comer. Y exclamó:

—¡Diablos! ¡La cosa se complica!!

—Eso creo —dijo ella.

—Pero tú no lo has matado.

—Seguro que no. Cuando entré él estaba ya muerto.

—¿Y dejaste abierta la puerta?

—Sí. Entornada, exactamente como la encontré.

—¿Borraste las huellas?

—Sí, tuve esa serenidad a pesar de que estaba que me moría del miedo.

—Has fingido bastante bien cuando has tropezado...

—No estaba segura de tu reacción...

—¿Por qué no huiste?

—Me dio miedo que me viese el portero. Fue cuando te vi llegar. Yo me había detenido en el tramo de escalera que llevaba al piso de los Wilding.

Tras un lapso de silencio en el que se observaron atentamente, preguntó Wrigth:

—¿Ha sucedido algo entre Wilding y tú después que le arrancamos el paquete de acciones?

—Si...

Tras corta pausa informó la rubia:

—Comprendo que debí haberme confiado a ti. Pero sentí vergüenza, después de una conversación que tuve con Esther Wilding.

—¿Cuándo fue eso?

—Al día siguiente de habernos conocido tú y yo.

—¿Tuviste vergüenza por lo que se refería a mis supuestas relaciones con Esther? —preguntó Doug.

—Sí —admitió la rubia con sencillez, sonrojándose.

—¡Al diablo con esa farsanta! Refiéremelo todo. Está claro que nos han puesto una trampa maquiavélica...

—Eso está fuera de dudas —admitió la rubia.

—Y no hace muchas horas intentaron asesinarme. Me pusieron un cebo humano. Una chica que a cierta distancia podía ser confundida contigo...

—¡Ya! La del taxi...

—La misma. No creo en las casualidades...

Wright refirió a Connie lo sucedido cuando había creído verla y había seguido el taxi de la rubia. Concluyó diciendo:

—Pensé en una venganza de Sheila Adams o de su marido, de Miller. Pero parece que no ha partido la cosa de ahí...

—¿Entonces...? —preguntó Connie.

—No nos queda más que Wilding y él está muerto...

—Y bien muerto —señaló Connie dando doble sentido a su frase. Doug pidió a la rubia tras una breve pausa:

—Ahora comienza tú. Quedamos en que tuviste una entrevista con Esther, entrevista que buscó ella.

—Sí. Fue a la mañana siguiente de nuestro encuentro. Ignoro cómo lo consiguió, pero el caso es que me localizó.

—¿En tu nuevo alojamiento?

—No. En la casa para la cual trabajo.

—¿Qué sucedió?

—Me informó de que su marido había encargado a su abogado que nos denunciase a ti y a mí de robo con violencia.

—¡Vaya con Wilding! —exclamó el joven.

—Para ello contaba con Roscoe, al cual había arrancado una declaración ante testigos —prosiguió informando Connie.

—Cuando pille a ese granuja lo voy a triturar —amenazó Doug—. Y ni siquiera comprendo que Wilding se atreviese a tomar tal decisión.

Connie suspiró, se sonrojó ligeramente y prosiguió informando:

—Esther Wilding estaba segura de que te sucedería un «accidente» antes de que te enterases de que estabas denunciado. A menos que nos encargásemos nosotras de parar el golpe.

—Ha sido el «accidente» que ha estado a punto de producirse esta tarde —dijo Doug.

—Wilding era un sucio chantajista, pero su mujer no le iba muy a la zaga —expresó la rubia.

—¿Te hizo chantaje?

—Sí. Me dijo que la mejor manera de parar el golpe que se pretendía descargar contra ti era que nosotras llegásemos a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo era ése?

Volvió a sonrojarse la rubia al comenzar a decir:

—Yo debía rechazarte si te acercabas a mí. Debía no interponerme entre ella y tú.

—No está mal...

—A cambio ella amenazaría a Wilding con denunciarle si te sucedía algo.

—Así pues ella no le tenía el miedo que ante mí fingía tenerle —razonó Doug.

—¡Ni mucho menos! Ésa era la mujer de las sorpresas.

—Prosigue, por favor.

—Ella me entregaría la denuncia firmada por Roscoe como testigo. Y también un documento que empañaba el buen nombre de mi padre y que según ella, Wilding estaba dispuesto a esgrimir contra mí si no le devolvía las acciones.

—Me parece demasiado material para estar acumulado por Wilding; pero ya hablaremos sobre eso...

—A mí también me pareció excesivo. Wilding no era individuo que quemase cartuchos innecesariamente —opinó la rubia Connie.

—¿Así, pues, Esther te citó para esta tarde? —preguntó Wrieth.

—Esta tarde me llamó para decirme que debía estar pendiente de ella, que me avisaría para cuando lo tuviese todo reunido, que era cuestión de horas...

—Ya...

—Me aseguró que estaba en condiciones de arrancar al abogado la denuncia, que él se la había prometido. Y habían llegado a un acuerdo para que él diese largas a Wilding cuando éste se interesase por la marcha de la cuestión.

Wrieth dijo en tonillo humorístico:

—Y tú renunciaste a mí, naturalmente.

—No constituía ningún sacrificio para mí —respondió la rubia en tono semejante al empleado por Wrigth.

—Gracias —ironizó el joven.

—La cosa no las merece.

—¿A qué hora te llamó? —preguntó el joven.

—No lo sé exactamente. ¿Te refieres a la última llamada?

—Sí, a la última, cuando te citó para entregarte lo ofrecido.

—Tal vez fuesen las ocho y media. Me dijo que acudiese sobre las nueve y cuarto...

—Así pues, la segunda llamada la hizo cuando estaba ya muerta —señaló el pintor.

—Si era ella, sí; pero no sé de ningún muerto que hable. Tras breve pausa, siguió diciendo Connie:

—Lo mismo que pretendieron hacerte creer que yo era la del taxi, han intentado hacer creer que la que llamó por teléfono era Esther.

—Algo así ha debido ser —respondió Doug hablando lentamente, mostrándose pensativo—. Todo parece sencillo y sin embargo está bastante embrollado.

—Yo no lo he encontrado embrollado. Y he pensado bastante en ello —señaló Connie.

—Me interesa tu opinión.

—He pensado en alguien que debía estar informado de lo que sucedía en la oficina y en la casa. Y quien haya sido ha aprovechado la muerte de ella para, asesinar a Wilding, robarle.

—Y tendemos la trampa a nosotros para que aparezcamos como los asesinos, pagando así por ellos... —concluyó Doug.

—Eso mismo he pensado. Bueno, parece que mi idea sobre la cuestión no te ha resultado convincente —dijo la rubia.

—¿Quién puede andar mezclado en esto? ¿Roscoe? —preguntó Doug.

—No lo considero suficientemente inteligente para elaborar tal plan —respondió Connie casi tajante.

—De acuerdo. Tú conocías a los Wilding mejor que yo. ¿Hay alguna persona de su intimidad que haya podido llevar adelante el plan?

—No tengo idea de cuáles podían ser actualmente sus relaciones.

—Quienes hayan podido ser, ¿por qué te habían de mezclar a ti? —preguntó Doug—. Conmigo tenían suficiente.

—Tal vez han pensado que tú podías fallar.

—Es posible —admitió Doug—. Esther sabía que su marido se disponía a hacer que me despachasen al otro barrio. ¿Por qué no había de conocerlo asimismo la persona que lo ha preparado todo?

—Cierto...

Suspiró la rubia, que dijo:

—Estamos en una especie de callejón sin salida.

—Saldremos de él. He salido de situaciones más difíciles.

Habían ido cenando sin dejar de conversar, tratando de abrir una luz en las tinieblas que les rodeaban.

—¿A qué hora te llamó Esther la primera vez esta tarde?

—Alrededor de las cinco.

—¿Era realmente ella? —inquirió Doug.

—Yo habría jurado que sí, que era ella las dos veces.

—Yo habría jurado lo mismo cuando su angustiada llamada. Y sin embargo estaba muerta ya. Algo inconcebible —señaló Doug de forma concluyente.

—Algo inconcebible, justamente —admitió Connie dando vivas muestras de preocupación.

—¿Has pensado que es muy posible que la policía nos esté buscando ya? —preguntó Doug a la rubia.

—Es algo que me está atormentando hace unos minutos.

—¿Te conocían el portero o el ascensorista de la casa?

—No. No había estado allí jamás. Cuando hace años visité en su casa a Wilding, no vivían aún en ese piso. Eran recién casados.

—En ese caso bastará con que en principio te tiñas el pelo de rojo.

—¿Te burlas? —preguntó Connie.

—Nada de burla. Debes hacerlo... Y ahora vamos a seguir con nuestras indagaciones. Podemos calcular que ella ha muerto entre cinco y seis de la tarde...

—Ella me hizo su primera llamada a las cinco, recuerda —interrumpió Connie.

—Tienes razón —admitió Doug comenzando a sentirse un poco perdido. No tardó en reaccionar. Y dijo:

—Roger Miller quería vengarse de Wilding por haber copiado

uno de sus procedimientos para despachar gente...

Connie interrumpió:

—Recuerda que no tuvo tiempo para preparar su plan de envolvernos a nosotros. Apenas si habría tenido ocasión para enviar alguno de sus fulanos a liquidar a Wilding y apoderarse de lo que tuviese allí.

—Cierto... ¿Y por qué ha de estar ligado todo ello? —preguntó Doug.

—¿Y por qué no ha de estarlo?

—Te gusta la controversia, rubia, la discusión.

—No lo creas. Lamento que te veas metido en este horroroso lío por haber pretendido ayudarme.

—No creo que haya sido precisamente por eso. Cuando acudí a la oficina de Wilding fue por algo personal. Todo habría sucedido lo mismo aunque no hubieses estado allí y no hubiese tenido ocasión de ayudarte. Tal vez de no tropezar tú conmigo no te habrías visto mezclada en este feo asunto...

Terminaron de cenar. Hablaban bajo y mantenían sus cabezas cerca la una de la otra. Doug tomó una de las manos de la rubia, estrechándola entre las suyas.

Ella no retiró su mano; pero sonrió con expresión de picardía y dijo:

—Temo que te estás poniendo sentimental. Vas a terminar por proponerme que nos casemos y sería el desastre final para ti.

—Bueno, soy un sentimental y por lo mismo no había pensado en proponerte el matrimonio. El derecho a la posesión que crea el matrimonio, es el mayor enemigo del amor. Y yo deseo adorarte durante toda mi vida.

—Lo malo es que no doy diez centavos ni por tu vida ni por la mía...

—Esto está decidido —manifestó Doug poniéndose en pie—. Te llevaré a bailar adonde quieras. Luego te dejaré en tu nuevo alojamiento... E inmediatamente comenzaré la investigación en serio.

—De baile, nada de nada. La verdad es que no tengo humor...

—El baile ayuda a hacer la digestión siempre que se tome con calma.

—Pasearemos, si te es lo mismo. Y podemos aprovechar para

iniciar el trabajo.

—Está bien, desconfiada...

—Ahora no se trata de desconfianza, de verdad. Simplemente no tengo humor para bailar. Pesa demasiado sobre mí lo que sucede. Le he deseado la muerte a Wilding centenares de veces en el último año; pero no creí que podía ser tan horrible, aunque de verdad no siento que haya muerto.

—En ese caso, espérame aquí. Voy a telefonar y vuelvo enseguida.

—¿Alguna chica...? —preguntó con maliciosa sonrisa.

—En este momento no hay en mi vida más chica que tú.

—No seas cínico, Doug. Ve y telefona...

—Se trata de un amigo policía. Quiero conocer con exactitud algunos datos. Será la única forma de arrancar con firmeza en nuestra investigación.

—¿Crees que te los va a dar por teléfono?

—No. Pero me pondré de acuerdo con él e iré a verle tan pronto te deje en tu alojamiento.

—Me gustará acompañarte.

—De acuerdo. Ya veré lo que se puede hacer —respondió Doug en broma.

Se dirigió a la cabina telefónica y marcó el número correspondiente al teléfono de su estudio.

Debía avisar a Mona para que no le aguardase. Y le aconsejaría también en el sentido de que debía marcharse, puesto que no sería extraño que la policía le hiciese una visita.

Le respondió una voz varonil, en lugar de la voz dulce, bien timbrada, de su modelo. Dominó la sorpresa que experimentó y preguntó con expresión natural:

—¿Es usted, Wriath?

—El mismo —respondieron.

—Debe estar usted acatarrado, le noto la voz más bronca.

—Sí, he estado a punto de pillar una pulmonía. Y tengo un catarro de todos los diablos —le respondieron cínicamente.

—Supongo que me habrá reconocido —dijo Doug.

—No termino de reconocerle, la verdad. Entre el catarro y la de líos que llevo estos días, estoy descentrado. Usted es... Lo tengo en la punta de la lengua.

Doug estuvo a punto de decirle lo que tenía a su vez en la punta de la lengua y que no resultaba nada elogioso. Pero fue capaz de contenerse y mintió a su vez:

—Soy Simpson...

—¡Ah, Simpson, claro! Ya decía yo que lo tenía en la punta de la lengua. ¿Qué hay de nuevo?

—Está claro que el atentado contra usted fue cosa de gente que contrató Wilding; pero no debe preocuparle. Miller se encargará de esa gente para que no le roben sus procedimientos.

—¡Me parece estupendo! ¿No lo cree así? —dijeron.

El hombre daba la sensación de hallarse desconcertado. Y Doug prosiguió diciendo:

—Wilding ha sido asesinado. Prepararon las cosas para que recayesen las sospechas sobre usted y la chica de que me habló... Pero yo he aportado pruebas de que usted no estaba allí cuando asesinaros a Wilding. Ni usted, ni la chica...

Señaló una pausa. El otro respondió por decir algo:

—Estupendo, Simpson. Vale usted mucho.

—Aquello está embrollado, pero yo sacaré la verdad o dejaré de ser quien soy —siguió diciendo Doug.

El fulano que estaba a la otra parte del hilo se apresuró a decir:

—Mientras no me roce la cosa, déjelo ir. No estoy sobrado de dinero, usted ya lo sabe, y...

Interrumpió Doug, diciendo:

—No se preocupe por el dinero, Wriqth. Es cuestión de dignidad profesional. Además, somos amigos, ¿no?

Antes de que le respondiera el otro cortó la comunicación.

—Seguro que lo he dejado sumido en un mar de confusiones. Pero me gustaría saber quién es y qué hacía allí.

CAPÍTULO VIII

Wright fue preparando por el camino el dinero para liquidar la cuenta de la cena. Tan pronto pagó, dijo a la rubia, que le miraba con curiosidad:

—Vamos.

Una vez en la calle, preguntó Connie:

—¿Qué sucede?

—Nada de particular. Voy a dejarte en tu alojamiento y me voy a retirar a descansar. Mi amigo el policía ha dicho que todo va bien, que no me preocupe.

La rubia preguntó con expresión maliciosa:

—¿No es necesario que me tiña el pelo de rojo?

—No es necesario. Sin embargo, no está mal cambiar de vez en cuando. Haz la prueba y tal vez me decida a pintarte un retrato.

Subieron al automóvil.

—¿De verdad que vas a tu estudio? —preguntó la rubia.

—Sí.

—¿Y no me llevas?

—No estaría ni medio bien. Debo mirar por tu reputación, rubia. Yo tengo mala fama, ya lo sabes... Mi pasado es negro, muy negro...

—Voy a ser valiente. He decidido que debo arriesgar contigo; tal vez logre arrancarte de las tinieblas en que has vivido hasta ahora.

Adoptó una actitud provocativa que puso de relieve la belleza de sus formas.

Silbó Doug con expresión de inequívoca admiración y dijo, deseando asustarla un poco.

—Es el chasis más estupendo que he visto en mi vida, y he visto muy buenos. De acuerdo, haré lo que tú quieras.

—Es inútil que trates de hacer el bestia ni de asustarme. Corres un peligro y estaré a tu lado.

—Está bien. Corro un peligro del cual me defenderé mejor si voy solo.

—Cuando lo demuestres, te dejaré...

—No he llamado a un policía, sino a mi estudio. La chica que había quedado en él no ha respondido, pero lo ha hecho en su lugar un hombre. El fulano no ha protestado cuando he fingido que lo tomaba por un tal Doug Wrioth.

Rió Connie pensando en lo que podía haber sido la conversación entre los dos hombres.

—Cuéntame eso mientras vamos allá.

Wrioth hizo un sucinto relato de la conversación sostenida con el fulano. Rió ella de buen grado, preguntando cuando terminó el relato:

—¿Podía ser un policía? ¿Es posible que te hayan localizado ya y que te estén esperando?

—No era un policía. El tío sintió pánico cuando en mi papel de Simpson le dije que sacaría la verdad a pesar de lo embrollado que estaba.

—Es cierto... ¿De modo que te esperaba allí una pelirroja? ¿Y decías que no había otra chica en tu vida?

—Mona es una de mis modelos. Una víctima, una excelente chica y bastante atractiva; pero no tengo nada, que ver con ella fuera de la razón profesional y una sana amistad.

—Si lo dices tan serio habré de creerte.

—Ella es digna de lástima. Mañana la enviaré a un médico amigo. Y tan pronto termine el cuadro le daré dos mil dólares, los únicos que tengo ahorrados, para que se largue a descansar y se ponga en cura. Necesita reponerse.

Habló en serio, de forma sentida, logrando que Connie se conmoviera y sintiera compasión por Mona.

Insensiblemente la rubia se acercó a Doug, hasta hacerle sentir su contacto. Y dijo con vibraciones emocionales en la voz:

—Con los defectos que puedas tener, creo que eres el hombre de más corazón y más desinteresado que he conocido.

—No te fíes, rubia. Es un truco para conmoverte y lograr que me quieras. Me has gustado de verdad...

Sin dejar de conducir a velocidad que rayaba en lo prohibitivo le pasó un brazo por el talle y la acercó más a sí. Seguidamente alzó la mano y la acarició en la nuca.

—Por favor, Doug. Vas demasiado deprisa.

—Tengo seguridad con el volante en la mano. Y hay prisa...

—Me refería a lo otro. Me has entendido perfectamente.

Señaló el joven una mueca de asombro y volvieron a reír, logrando Connie liberarse por el momento de la sensación de angustia que la había atenazado desde que había descubierto los cadáveres de los Wilding y había intuido que podía verse acusada de la muerte del chantajista.

Doug detuvo el automóvil al llegar a una zona de aparcamiento próxima al lugar en donde tenía su estudio.

—¿Hemos llegado? —preguntó Connie.

—Casi... ¿Sigues dispuesta a ayudarme?

—Sí...

—¿Lo consideras una obligación?

—No lo sé, no me preguntes. Quiero ayudarte. Tal vez también porque me gustas. Eres un fulano que tiene un chasis imponente —dijo fingiendo frívolo asombro.

—Has tenido gracia, rubia. Me gusta tu sentido del humor.

—No hay tal humor, he dicho lo que siento aunque lo haya dicho en broma. Si no te pones tonto te diré que debe ser delicioso sentirse entre tus brazos... Eso no quiere decir que me abrace ahora. Habrá tiempo para todo.

—Sabes bien que podemos morir esta noche. Y no quiero largarme de este mundo sin haber experimentado la más maravillosa de las sensaciones...

Sorprendió Doug a la rubia por su decisión y rapidez.

Ella intentó resistirse al abrazo, pero no pudo zafarse y terminó por entregarse rendidamente a la caricia.

Cuando él la soltó tras haberla besado apasionadamente, suspiró con fuerza y dijo:

—Ha sido maravilloso. Pero no repitas por ahora...

—Okey, rubia. Yo también creo que ha sido maravilloso. Lo malo es si el matrimonio estropea tanta belleza, tanta poesía. Pero aunque lo estropee, será un magnífico final, digno de nosotros —manifestó siguiendo en su línea habitual de humorismo.

La tomó del brazo, llevándola consigo hasta una esquina. Una vez en ella señaló una edificación de doce pisos.

—En el doce precisamente, en el departamento H, vivo, tengo mi estudio. Ella asintió con mi movimiento de cabeza.

—Toma la llave de abajo y la de arriba. No es fácil que encuentres ni conserje ni ascensorista. Pero aunque los encuentres no te preguntarán nada. Y si te preguntasen no vaciles en decir que vas a mi estudio.

—Estarán habituados a tus visitas femeninas, ¿no?

—Sí. Pero no piensan mal. Y si piensan mal no se atreven a hacer comentario alguno.

—Eres todo un caballero —ironizó la rubia.

—Uno procura serlo...

—Pero ahora que pienso. ¿Es que voy a ir sola?

—¡Naturalmente! ¿No querías ayudarme?

—Sí, pero...

—Entonces entras tú por delante, recibes la leña que me debieran dar a mí, y así puedo yo entrar luego, cuando ellos estén cansados. Y les zurraré fácilmente.

—Eres incorregible... La verdad es que en este momento no sé si reír o llorar.

—Optimismo, rabia. De todas formas, si te han de matar, te matarán. Más vale que mueras divertida.

—También tienes razón.

—¿Llevas armas?

—No tendría valor para disparar contra nadie. Y llevándola corro el riesgo de que me la quiten y tiren con ella contra mí. Sería absurdo.

—De acuerdo... No tengas prisa en llegar. Debes llamar y si no te abro yo, debes preguntar por mí...

—¿Y si no me abren?

—En ese caso, abres tú. Para eso llevas la llave. Pero prefiero que llames, que los distraigas...

—Bailaré para ellos y se distraerán mejor.

—Es una idea. Pero el «streap-tease» déjalo para mí. Quiero ser el único espectador.

—Si pagas bien te lo reservaré —respondió la rubia, la cual se alejó sin prisas, contoneándose graciosamente.

Silbó Doug con expresión admirativa. Y se dispuso a su vez a entrar en acción.

* * *

Entre Bobby Carson, Young «Tragaperras» y Lou «el Estirado», era considerado este último como el «jefe».

Los tres habían crecido en una calleja de Harlem entre las luchas de portorriqueños, italianos, irlandeses y en ocasiones hasta negros.

No pertenecían ellos a ninguna de las cuatro facciones. Eran peores, y habían procurado sacar tajada siempre de las rencillas existentes entre los otros.

Aunque entre las tajadas habían sacado también golpes, navajazos y hasta algún tiro.

Doug Wriqth había nacido, y sus primeros años habían transcurrido en el mismo barrio que ellos. Pero luego había salido, había luchado y había terminado por triunfar.

Y lo odiaban por eso y porque en la época de convivencia había sido siempre el más fuerte.

Los tres hampones se hallaban en el estudio de Wriqth. Mantenían apagadas todas las luces, a excepción de una, la cual estaba protegida por una pantalla.

Y habían cuidado bien de que la poca luz que producía no trascendiese fuera del estudio.

Era aquélla la segunda visita que hacían los tres hampones al estudio de Doug en el curso de muy poco tiempo.

En la primera de las visitas habían sorprendido a Mona Reynolds, a la cual habían secuestrado, llevándosela por la escalera de emergencia para entregarla según orden del hombre que les había encargado el «trabajo».

Les había aguardado en un lugar solitario situado entre el Dewitt Clinton Park y los muelles 92 a 95, en el Hudson.

Habían recibido la cantidad estipulada por el primero de los trabajos y tras el dinero nuevas instrucciones, referidas en aquella ocasión al propio Doug Wriqth.

Una vez de regreso al estudio, «el Estirado», que presumía de buen olfato, dijo a sus compañeros:

—Aquí ha estado alguien después de habernos marchado

nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el perfume. Cualquiera que tenga un poco de olfato lo notaría.

—Será el perfume de ella...

—No. Es un perfume diferente, de tío...

—Erraste la carrera, Lou. Debiste dedicarte a la policía —señaló el «Tragaperras».

—Antes portorriqueño o negro que policía —respondió «el Estirado», despectivamente.

Boby Carson preguntó:

—¿Habrás sido Wrighth el que ha estado aquí?

—Cualquiera sabe. Pero no lo creo, no es el perfume que se notaba antes.

—El perfume de antes era el de la pelirroja.

—Pero se notaba también el olor que deja Wrighth. Y éste es diferente —señaló «el Estirado» mostrando cierta preocupación.

—No irás a tener miedo a un fulano que se perfuma —dijo «Tragaperras», en tonillo hiriente.

—Estando tú aquí no le tengo miedo a nadie —se apresuró a responder «El Estirado», en tono burlón.

—Bueno, muchachos. Es casi seguro que Doug tardará. Me gustará entretenerme con algo hasta que él venga. Y ahí tenemos un frigorífico, y allí un mueble bar —propuso Boby Carson.

—Cuidado con las botellas, muchachos. A tragar y a fumar lo que sea, pero de lo otro, con tiento. Tenéis que recordar que Doug tiene los puños duros y que sabe usarlos —señaló «El Estirado».

—¿Acaso le vamos a dar tiempo a que los emplee? —preguntó «Tragaperras».

—No es ésa la idea, pero hay que contar con él, por si acaso. Así es más seguro que lo aplastaremos.

—Yo le tengo que clavar la puntera de mi zapato en el estómago. No he olvidado que casi me arrancó la oreja. Y que desde entonces no la he llevado nunca derecha —dijo con manifiesto odio Boby Carson.

El «Tragaperras», siempre dispuesto a molestar a sus compinches, dijo:

—Debes reconocer que hiciste motivos para que te patease las

tripas.

—Cierra el pico, Young. Parece que tienes ganas de fastidiar. Mientras lo aguardamos, nos convidaremos con sus cosas —señaló «El Estirado», con autoridad.

Young «Tragaperras» conocía sobradamente a Lou y sabía que cuando hablaba en aquel tono era mejor no llevarle la contraria. Señaló un ademán de indiferencia y momentos después era él quien abría el frigorífico para sacar los fiambres que el pintor guardaba en él.

Sacaron también botellas, limitándose a cerveza y leche, mientras «El Estirado» buscaba tabaco en un departamento del guardarropa.

Apenas si había comenzado el festín cuando oyeron el ruido del ascensor que se detenía en el piso.

Siguieron los ruidos propios del aparato al ser abierto para dar paso a la persona que había subido en él, y cerrado luego.

Se pusieron en pie con movimientos casi idénticos, mirando en dirección a la puerta.

Pese a su odio hacia Doug, Bobby sintió que se le atragantaba lo que había comido y que la boca se le reseca.

Maquinalmente echó un trago de cerveza.

«El Estirado» se apresuró a desenfundar su pistola en la que ajustó el silenciador, y adelantó luego en dirección a la puerta, caminando sobre las puntas de los pies.

Después de haber sido cerrada la puerta del ascensor no se había oído ningún ruido más. Y los tres granujas experimentaron sensaciones que iban de la inquietud a la perplejidad.

Oyeron el zumbido del motor del ascensor que inició su descenso.

Tras «El Estirado» abandonó «Tragaperras» la mesa del festín, empuñando la pistola sin demasiada seguridad.

Bobby Carson bebió febrilmente otro trago de cerveza y caminó luego de manera un tanto insegura.

El único que aparecía tranquilo y decidido era «ES Estirado».

Cesó el zumbido del motor del ascensor y siguió tira breve lapso de silencio. Los hampones contenían la respiración.

«El Estirado» se volvió a Bobby Carson que se hallaba a mitad de camino y le hizo seña para que apagase la luz.

Carson hubo de volver atrás, apagó y cuando intentó volver a reunirse con sus dos compinches, estuvo a punto de derribar una silla.

Ahogó una maldición y adivinó más que oyó el insulto que le diría el «jefe».

El silencio del exterior fue roto por el repiquetear de tacones femeninos. Respiraron con expresión de alivio. «El Estirado» dijo:

—Una chica. Veremos qué pasa. Parece que viene liada aquí...

—¿Qué hacemos? —preguntó «Tragaperras».

En lugar de responder, Lou abrió una ranura en la mirilla y atisbo por ella. No silbó por verdadero milagro.

Se apresuró a cerrar y dijo a su compinche:

—¡Está de miedo! Una rubia imponente. Doug es un fulano de suerte.

—Ahora no tendrá suerte nunca más.

Connie se había detenido ante la puerta del estudio y tras comprobar que era la señalada con la letra H, llamó.

—¿Abrimos? —preguntó «Tragaperras».

—Será lo mejor. De lo contrario, le puede dar por escandalizar y estropearlo todo. Las mujeres, ya se sabe...

Lou se dispuso a abrir en el momento en que Connie repetía su llamada.

CAPÍTULO IX

En el momento en que «El Estirado» se disponía a abrir, se encendió una luz bastante potente casi encima de donde se hallaba Carson y a espaldas de los otros dos.

La voz de Wrigth los clavó en el suelo, dejándolos fríos. El joven había lanzado su conminación.

—No se muevan o comienzan los fuegos artificiales.

Wrigth, que en el primer momento no había reconocido a los tres granujas, no tardó en reconocerlos y exclamó:

—¡Vaya! Me huelo que os habéis metido en un feo asunto. Quieto, Lou. A mí no me inquieta hacer ruido.

«El Estirado» dirigió una mirada fugaz a la puerta, a la cual había llamado Connie otra vez.

—¡Eh, Lou! Deja la artillería en el suelo y retírate hacia ese lado. Luego lo harás tú, Young.

Carson, el que había amenazado con meter la puntera de su zapato en el estómago a Wrigth, se dirigió a éste en tono amigable.

—Has prosperado, ¿eh, Doug? Yo sabía que tú llegarías lejos. Te felicito de verdad, muchacho.

—Pero en lugar de felicitarme, preferirías meterme la puntera de tu zapato en el estómago. ¿A que sí?

Los tres hampones palidecieron, cambiando entre sí miradas de inquietud, temerosos de que Doug les hubiese escuchado más de lo que les convenía.

Carson respondió:

—Verás, Doug... Eso lo digo cuando estoy fastidiado.

—Pero esta noche no estabas fastidiado. Te preparabas a darte un festín a mi costa.

—Es su forma de hablar, no le hagas caso —terció Young

«Tragaperras».

—Salió el abogadillo de pobres... Vamos, suelta el arma.

Le habían ido obedeciendo por gestos y ademanes mientras hablaban. Y le llegaba a Young el turno de dejar su pistola y retirarse.

Lo hizo el hombre con claridad y le siguió Carson, al cual hubo de empujar Wrigth para que se espabilase.

—Pintas unas chicas estupendas, Doug —dijo Young señalando para los cuadros terminados y a medio pintar.

—Cierra el pico y no intentes distraerme. Vais a situaros de cara a la pared con las manos bien altas. Y muy quietecitos.

Lo dijo con expresión que no admitía réplica y los tres hampones obedecieron sin rechistar.

Sin dejar de encañonarlos llegó Doug hasta la puerta, en la que Connie llamaba otra vez.

—Pasa, rubia. Teníamos visita.

—Pues yo me iba a marchar ya creyendo que no había nadie. Adentro no se oía una mosca.

—Eran tres moscones los que se oían.

Cerró Connie la puerta, manteniéndose vigilante cerca de ella.

Doug, con la destreza y el conocimiento que tenía del hampa, cacheó y desarmó por completo a los tres granujas.

—Un verdadero arsenal, muchachos. Ganas de llevar peso encima y de correr el riesgo de que os zurren con lo mismo que lleváis.

Tras breve pausa, preguntó a Lou:

—¿Qué sucedería si te despachase con tu propia pistola? Lo haría de forma que parecería un suicidio.

Había algo inquietante en la expresión de Doug, quien prosiguió diciendo:

—O podría despacharte con la de Young y a él con la tuya. Y estoy seguro de que Bobby declararía que peleasteis y os matasteis así, por las buenas. Sé bien que Young quiere sustituirte, ser el jefe, Lou.

Doug llevaba la inquietud al ánimo de los tres hampones a los que sorprendió luego con una pregunta:

—Por cierto, ¿quién fue el que se hizo pasar por mí cuando llamé antes? Comprendió Doug que su pregunta desconcertaba a los

tres granujas.

Al fin respondió Lou:

—No sé de qué estás hablando.

—Os voy a moler antes de ponerlos en manos de la criminal. ¿Qué habéis hecho de la pelirroja que estaba aquí?

Tras un lapso bastante largo de silencio, preguntó Lou:

—¿Pelirroja? No sé de quién hablas. Nosotros terminábamos de llegar cuando has aparecido tú.

«El Estirado» había llegado al convencimiento de que alguien había estado allí mientras ellos habían ido a llevar a la pelirroja a las inmediaciones del Dewitt Clinton Park.

—Eso mismo. Terminábamos de llegar —confirmó Carson.

Doug intuía que mentían. Estaba más cerca de Bobby Carson que de los otros y le daba lo mismo comenzar por el jefe que por el de la cola. Y eligió a éste por haberse metido a responder.

Lo tomó por la parte trasera de la cabeza y le hizo golpear de cara contra la pared, arrancándole un aullido de dolor.

Bobby se dejó caer de rodillas fingiendo que quedaba fuera de combate, pero el truco era demasiado conocido de Doug, el cual le volvió a golpear de forma implacable cuando el granuja había iniciado ya su movimiento de ataque.

Y en aquella ocasión, saltado un diente, reventados los labios, sí quedó fuera de combate.

—Cuida de él, rubia. Y si se mueve, machácale la cabeza.

La pistola que empuñaba Doug entró en lacerante contacto con los riñones de Lou, quien se vio obligado a arquearse con la tripa pegada a la pared.

—Vais a pasarlo mal si no soltáis la lengua, ratas inmundas —dijo Doug en tono amenazador.

Por el trato que estaban recibiendo sus compañeros comprendió «Tragaperras» que no le estaba reservado nada mejor y atacó seguro de sorprender a Doug.

El pintor quedaba ligeramente rezagado, sobre su izquierda. Y giró, desplazando de manera impecable su puño derecho.

—¡Cuidado!

La advertencia de Connie llegaba tarde porque ya el puño de Young entraba en contacto con la anatomía de Doug en el momento en que éste, intuyendo el ataque, saltaba hacia atrás tratando de

esquivar.

Le pilló el golpe en el aire y salió disparado de manera violenta hacia atrás, hasta quedar frenado por una banqueta.

Los dos hampones se lanzaron con rapidez sobre él, convencidos de que de ello podían depender sus vidas.

Zumbó en el aire una banqueta lanzada por Doug.

—¡Cuidado!

En aquella ocasión, la advertencia la hizo Lou a su compañero a tiempo que saltaba de lado para que el mueble no le alcanzase.

A pesar de la advertencia, tardía también, la banqueta dio de lleno en la cabeza a Young, el cual cayó de rodillas como una res apuntillada.

Al verse obligado a esquivar, Lou había perdido la ventaja adquirida sobre Wrieth, y trató de recobrarla lanzándose de cabeza contra él, intentando llegar al estómago o la cabeza del pintor.

Wrieth, tras disparar la banqueta, quedó en mala posición con respecto a su enemigo y giró rápido, recibéndole con un golpe de tijera aplicado con ambos pies.

Fue un golpe maestro con el cual alcanzó a «El Estirado» en la garganta, cortándole la respiración momentáneamente.

Se puso en pie tras rápido giro y asestó dos punta pies seguidos en uno de los costados del hampón, el cual se revolcó dando muestras de dolor, sin lograr recobrar el ritmo de respiración.

Peleaban dura, bestialmente y la rubia se sintió horrorizada, aunque no fue capaz de sustraerse a la bárbara atracción de la lucha.

Doug hizo poner en pie a su enemigo y le asestó una serie de bofetadas a derecha e izquierda, haciéndolo tambalear.

Deshizo Doug seguidamente un intento de reacción del hampón y le golpeó con el filo de la mano en la parte media de la nariz.

Y «El Estirado» aulló de dolor a la vez que se iba aparatosamente de espaldas, recibiendo la sensación de que la masa encefálica le iba a saltar por los ojos.

Pero Doug no lo dejó, sino que lo volvió a levantar lo zarandeo como si se tratase de un pelele, para estrellarlo seguidamente contra la pared, derrumbándose al fin «El Estirado» fuera de combate.

—Ahí lo tienes. Le llaman «El Estirado», pero en esta ocasión ha quedado bastante arrugado.

—No seas salvaje, Doug.

—Con esta gente no se puede ser mejor. Yo los conozco bien. Si hubiesen logrado sorprenderme, a estas horas yo estaría muerto. Y tu suerte tal vez fuese peor que la mía.

El pintor se apresuró a inutilizar, uno tras otro, a los tres hombres, atándolos de pies y manos de forma que no se pudiesen soltar ni ayudarse entre sí.

Mientras los ataba habían ido recobrando el conocimiento. Terminada la tarea, recordó Wriath:

—Había preguntado algo. ¿Qué habéis hecho de la pelirroja que estaba aquí?

—No sabemos nada, de verdad —se atrevió a decir Young, que había resultado menos castigado que los otros dos.

—Iréis a la silla eléctrica, muchachos. Es el precio que se paga por un secuestro.

Siguió un breve lapso de silencio. Las miradas de los tres granujas se hallaban fijas en Doug, esperando y temiendo su reacción.

—Os habéis buscado el lío más gordo de vuestra vida, muchachos. Y me huele que será el último. Tenéis dos minutos para hablar.

—Nos pagaron para liquidarte. Y pensábamos venir de todas maneras. De lo demás no sabemos nada. Esto estaba vacío cuando llegamos, no había ninguna pelirroja —respondió Lou.

Young, menos castigado, trató de encontrar una salida, diciendo:

—Antes has telefoneado. No te respondimos ninguno de nosotros. Tú conoces bien nuestras voces.

—¿Quién os ha pagado para liquidarme? —preguntó Bang, con tranquilidad.

—No te podríamos decir quién es. No lo conocemos.

Tú ya sabes que la gente se esconde. No se fiaba de nosotros por si luego salía mal la cosa o intentábamos hacerle chantaje.

Wriath telefoneó al alojamiento en donde residía Mona. Se puso al teléfono la dueña de la casa, la cual, una vez Doug se dio a conocer, le informó:

—Ella telefoneó no hace aún un par de horas. Lo hizo desde su estudio avisando para que no nos alarmásemos si no aparecía hasta mañana. Dijo que se quedaría ahí. ¿Sucedó algo?

—No lo sé, y es lo que trato de averiguar. Ella dijo que me aguardaría y no está aquí. Si llegase por ahí, haga el favor de avisarme.

—No dejaré de hacerlo.

Tras cortar la comunicación, Doug, a pesar de la coartada que le ofrecía Young, se dirigió a Connie, a la cual pidió:

—Haz el favor de salir. Lo que va a seguir será mejor que no lo veas.

—No te preocupes. Me volveré de espaldas si no pudiese resistir. Tienes razón al decir que con estos fulanos no se puede sentir compasión alguna.

—Okey... ¿Dispuestos, muchachos? Voy a empezar contigo, Young «Tragaperras».

Aunque antes comenzaré por echarme un trago.

Sacó una botella de *whisky* y un vaso, se escanció licor y cuando dio la impresión de que iba a beber, lanzó el licor a los ojos de Young, el cual dio un alarido estremecedor, pidiendo a continuación:

—¡Agua! ¡No seas criminal! ¡Agua! ¡Yo diré todo lo que sé!

Actuó Doug con rapidez desatando los pies de «Tragaperras», al cual llevó hasta el cuarto de aseo, metiéndole la cabeza en la pila lavamanos llena de agua limpia.

Pasado el escozor, lo secó sin demasiados miramientos y lo volvió a donde estaban sus compañeros.

—Nos llevamos a la pelirroja ésa.

—¿A dónde?

—La entregamos a dos fulanos en las inmediaciones del Dewitt Clinton Park, a la parte de los muelles.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó Wrigth a Lou. Éste respondió despectivamente:

—Si habló el chivato, ¿para qué voy a negar?

A las despectivas maneras del hampón respondió Doug con otro golpe al puente de la nariz. No le hizo perder el conocimiento, pero fue suficiente para hacerle saltar las lágrimas.

—Ahora te toca a ti, valentón, hombre duro.

Intuyó el granuja lo que se le podía ir encima y respondió en tono bajo:

—No tengo gran cosa que decir. La entregamos a un fulano que

llevaba una furgoneta de esas que se emplean para el traslado de cadáveres. Lo acompañaba otro y la metieron en un ataúd. Le dieron un golpe y se desmayó.

—Matrícula del vehículo.

—La habían tapado con barro. Los fulanos esos se la sabían toda.

—¿Fueron ellos los que os ordenaron que secuestrarais a la pelirroja?

—No. Fue otro fulano. Nos pagó una parte y el resto nos lo pagaron esos dos cuando la entregamos.

Boby, temeroso de que le volviesen a golpear, intervino para decir sin que le preguntaran:

—Y ellos nos dieron instrucciones para que te suprimiéramos. Nos dieron una parte y quedaron en enviarnos el resto.

—¿Cómo era el fulano que os contrató? —preguntó Doug.

—No lo vimos bien jamás. Se cubría bien, con el ala del sombrero, el cuello del gabán subido y las gafas oscuras. Siempre lo vimos en lugares en donde la luz escaseaba.

A petición de Doug, «El Estirado» siguió dando datos sobre el individuo, referentes a estatura, timbre de voz y cómo vestía. Al final, añadió:

—Es un tipo de clase, Wrigth.

Carson, en su afán de congraciarse con el joven, dijo:

—Lleva un perfume diferente a los demás. Cuando volvimos de llevar a la pelirroja ésa, Lou notó algo raro. Seguramente fue él quien estuvo aquí.

A Carson le brillaron los ojos de alegría al dar con la solución que habían buscado, demostrando una perspicacia de que sus dos compañeros habían carecido.

Lou exclamó entonces:

—¡Pues es cierto! ¡Fue él quien estuvo aquí! Seguramente quiso tener claro que no habíamos dejado huellas.

Comprendió Doug que había sacado de los tres hampones todo lo que podía sacar de momento y se dirigió al teléfono, entrando en comunicación con el cuartel general de la Policía Metropolitana. Y pidió:

—Con el teniente Summer, por favor.

Los tres hampones reflejaron viva consternación en sus semblantes. Y «El Estirado» se atrevió a preguntar:

—¿Es que te vas a chivar?

—Os dije que os habíais metido en el embrollo más gordo de vuestra vida. Y tendréis mucha suerte si encontramos a esa chica con vida.

La rubia preguntó a Doug:

—¿Crees que su desaparición está relacionada con lo de los Wilding?

—Temo que sí.

Le llegó la voz del teniente Summer, al cual se dio a conocer. Siguió una exclamación de asombro. Finalmente el policía preguntó:

—¿En dónde diablos estás? ¿Sabes que estás acusado del asesinato de Stanley Wilding?

—Lo suponía. Y puedes suponer también que no es cosa mía. Y ahora escucha con atención. Estamos ante el criminal o criminales más astutos de la historia del crimen.

—¿Estás jugando a policía?

—Estoy defendiéndome. Toma nota de lo que te voy a decir.

—Venga de ahí.

Wright relató de forma escueta lo sucedido en casa de los Wilding y añadió:

—Te aseguro que se trata de una trampa para que la rubia o yo, o los dos, carguemos con algo que han hecho otro u otros.

—No tengo más remedio que creerte.

—Aquí tengo a tres fulanos. Estréchalos de cuentas. Le hizo un informe escueto sobre ellos, añadiendo:

—Te los dejo en mi estudio para que los recojáis... Están bien amarrados.

—¿Es que no vas a esperar ahí?

—Si se tratase de ti, aguardaría. Pero necesito conservar mi libertad. Me va bastante en ello.

CAPÍTULO X

Wright cortó la comunicación de forma brusca, se aseguró después de que los tres hampones no podían escapar y tomó seguidamente de la mano a Connie.

—Vamos, rubia. Es posible que a estas horas la policía esté ya en camino.

—¿Tan pronto? No les has dado ocasión de respirar.

—No pienses que nos escuchaba únicamente mi amigo Summer. Otros estarían escuchando y tratando de localizarme por el teléfono. Y no se habrán dormido para comunicar con las patrullas de vigilancia del distrito.

—¡Pues vamos! No quisiera que nos pillaran. Hay que evitar el escándalo o perderé mi colocación.

—No te preocupes por eso. Tengo otra mejor para ti.

—¿De modelo también? —preguntó ella, con cierta picardía.

—No harías mal modelo, aunque te faltan dos o tres kilos. Pero tienes todo como podría pedir el más exigente de los artistas.

—¡Menudos elementos sois los artistas! Anda, vamos. Tiró Connie a salir por la puerta.

—Aguarda un momento.

Doug telefoneó a la conserjería del edificio, dando instrucciones al portero para que subiese con la policía y les abriese la puerta.

—Debe darles toda clase de facilidades.

—Sí, señor Wright, descuide. Se hará tal como usted ordena.

—Gracias. Hasta mañana.

No quiso darle explicación alguna y para que el otro no la pidiese, cortó la comunicación.

—Ahora, rubia.

Llevó a Connie hacia la salida de emergencia, pero no

descendieron sino que subieron hasta la azotea para pasar a otro edificio contiguo y tras saltar a otro, salir por una calle de la misma manzana.

En la lejanía se oyó el ulular de las sirenas de los coches policiales.

Una vez en la calle vieron pasar por una bocacalle próxima dos automóviles de la policía.

Wright dijo a guisa de comentario, dirigiéndose a su atractiva acompañante:

—A estas horas habrá alguien en un sitio no lejano, al cual no le llegará la camisa al cuerpo, como vulgarmente se dice.

—¿A quién te refieres?

—Al fulano que lo ha liado todo. El que ha hecho secuestrar a Mona y ha querido que me suprimieran.

—¿Por qué imaginas que él estará ahora asustado?

—Se mantuvo por los alrededores de la casa mientras ellos secuestraban a Mona y subió luego para asegurarse de que estaba todo en orden, borrar huellas si habían quedado y posiblemente hasta se habrá llevado algo que Mona se haya podido olvidar.

—Tienes mucho olfato. La verdad es que había bastante orden.

—Ahora se habrá mantenido en los alrededores de la casa para ver el resultado de la acción de esos granujas. Y cuando haya advertido que han fracasado y que llega la policía, pues eso... Sus carnes estarán convertidas en temblona gelatina.

—Es posible que él esté ocupado en el asunto de esa modelo tuya. La pobre chica no ha tenido suerte.

—No ha tenido suerte, es cierto.

Los dos jóvenes habían llegado hasta donde Wright había dejado su automóvil aparcado.

La rubia razonó, dirigiéndose a Wright:

—Ahora pienso que si él hubiese estado ahí, nos habría visto entrar y habría avisado a esos tres truhanes.

—Es una idea. Pero puede darse que tal vez no nos conozca personalmente, y que por tanto, a pesar de estar por aquí, no haya podido avisar.

—Si no nos conoce personalmente, ¿por qué nos persigue? —preguntó la rubia—. Antes dijiste que se ensañaban con nosotros, que no solamente buscan escudarse en nosotros, sino que te parece

adivinar algo de odio en la acción.

Wrigth admitió las palabras de ella y respondió:

—Estamos metidos en un maldito embrollo. Y tan pronto me parece ver una luz en la lejanía como tropiezo contra una pared que se interpone inesperadamente.

—¿A dónde vamos? —preguntó Connie.

Doug volvió a sentirse desconcertado una vez más.

—En realidad, no lo sé. Ni siquiera sé por dónde comenzar. Por seguir una rutina pensaba llegar hasta el lugar en donde esos fulanos entregaron a Mona a los otros, pero comprendo que es perder el tiempo.

—A pesar de estar a tu lado, de sentirme bien protegida, hay momentos en que me encuentro un poco perdida. ¿Qué me hubiese sucedido de no haber recibido tu ayuda?

—Pues que estarías ahora completamente tranquila, aunque no hubieses recuperado esos valores que te dejó tu padre.

—¡Ese Wilding era lo más indigno que he conocido! El la ha pagado, pero nos ha dejado metidos en un buen lío.

—Intuyes que todo lo que nos sucede es a causa de lo mismo.

—Sí.

—Eso ya es algo, rabia. Abre un camino a la investigación.

—¿Crees que esos tres fulanos no sabían más de lo que han dicho?

—Lo creo. No dejan de ser unos pobres diablos que se alquilan a quien mejor les paga. Si tienen algo más que decir, ya lo sacará la policía.

—Resulta más convincente tu forma de interrogar... —señaló Connie, con legítimo orgullo.

—En manos de Summer no les arriendo la ganancia. Y si yo le pido que apriete, será peor aún.

Estaban junto al automóvil. Wrigth abrió la portezuela y dijo:

—Vamos, rubia, sube. Creo que sé ya por dónde empezar.

—¿Por dónde? —preguntó ella, inocentemente.

—Por alejamos de aquí antes que nada. Zona peligrosa.

Iba a subir ella cuando Doug dirigió una rápida inspección al automóvil, mirada que se detuvo en la cubierta del motor.

Pidió a la rabia:

—Un momento. Hay algo extraño aquí.

—¿A qué te refieres?

—La cubierta del motor ajustaba perfectamente y ahora no ajusta.

—¿Qué piensas?

—Apártate y te diré lo que pienso. Refúgiate en el quicio de aquella puerta y disponte a marchar rápida, por si acaso.

—¿Temes que te hayan colocado un explosivo en el motor?

—Justamente.

Doug hizo que Connie se separase, soltó los frenos del coche y lo puso en condiciones de que marchase.

Y lo empujó suavemente, cubriéndose bien con el propio vehículo.

Apenas si el automóvil se había desplazado cuatro metros, se produjo una fuerte explosión, seguida de una serie de detonaciones que destrozaron la parte del automóvil correspondiente al conductor y su acompañante.

Doug percibió la llamara que esperaba se produjese, y los primeros efectos de la onda expansiva.

Y se arrojó al suelo, librándose de ser alcanzado por la metralla expandida por la explosión.

Tras la explosión se alzó una llamarada, y la parte delantera del automóvil fue inmediatamente pasto de las llamas.

Necesariamente el fuerte ruido y los resplandores del incendio llamarían la atención de la policía que no quedaba lejos.

Y Doug se puso en pie rápidamente, dando la impresión de que era de goma.

—Vamos, rubia —dijo tomando a la chica de una mano—. Éste es uno de los lugares menos convenientes de la ciudad para nuestra salud. Debemos esquivar a la poli. Y no va a resultar fácil si no nos apresuramos.

La rubia tendió su mano que enlazó con la que él le tendía y le siguió apresuradamente sin hacer objeción alguna, caminando apresuradamente junto a Wrieth, el cual se volvía de tanto en cuanto para saber si eran seguidos o no.

Al rebasar la segunda manzana de casas tuvieron la suerte de encontrar un taxi libre. Y Doug le hizo señal para que se detuviese.

A espaldas de ambos jóvenes, a buena distancia por lo que se refería a la seguridad de ellos, quedaba el estruendo de los silbatos

de la policía y el de las sirenas de los coches.

Cuando el taxi iniciaba la marcha, Connie y Doug distinguieron aún el resplandor de las llamas del automóvil incendiado.

Doug dio las señas de un amigo y compañero de profesión, procurando que el chofer no notase vacilación alguna en él.

Tranquilizados en parte, se miraron los dos jóvenes a los ojos, y Connie tomó entre las suyas las manos de Doug.

—Temí verte saltar destrozado por los aires.

—Y yo también. Aunque tomé mis precauciones.

—¿Si sabías que podía suceder eso, por qué no dejaste el automóvil quieto? Ya hubieses vuelto en su busca.

—Era solamente una sospecha, una especie de corazonada, pero que podía fallar, rubia.

—Podíamos prescindir del automóvil. La realidad nos ha obligado a ello.

—Lo pensé. Pero dejarlo allí significaba un riesgo para cualquiera que hubiese necesitado empujarlo o que se lo hubiese querido llevar.

—No había pensado en tal cosa.

—Ya pensarás en ellas.

—Pero ahora te quedarás sin automóvil.

—No te preocupes. Si perdemos la partida, no lo necesitaré. Si la ganamos, como espero, el responsable del atentado pagará nuevo por viejo. Es mi norma.

El automóvil se detuvo en la dirección que Doug había indicado al chófer.

Pagó el joven, se alejó el taxi y poco después llamaba Wrigth a la puerta de un destartalado estudio.

Salió a abrirles un joven alto, extremadamente delgado, muy moreno, de facciones correctas y expresión de alucinado.

—Celebro que se te haya ocurrido venir —dijo a guisa de saludo, no sin antes inclinarse ceremoniosamente ante la rubia.

—Cuando conozcas los vientos que corren en torno a mi persona, es posible que no lo celebres tanto.

—Los conozco. Y me alegra mucho que hayas considerado mi amistad como la primera para buscar refugio.

—¿Ha hablado ya la radio?

—La radio y la televisión. Eres el asesino de un chantajista

despreciable. Mi enhorabuena.

—Siento defraudarte, Héctor. No lo he asesinado yo.

—¿No? ¡Qué lástima, porque parece que era un indeseable!

—Lo era. Pero por mi parte llegué tarde. No hace muchos días que le di una paliza más que regular.

Mientras hablaban había cerrado el visitado la puerta, ofreciendo inmediatamente asiento a la rubia.

Wright hizo la presentación:

—Héctor Bonomi, compañero de profesión. Creo honradamente que es un genio, y tal vez sea al único que envidio.

—No tienes nada que envidiar, vales más que yo. Tú vives mientras yo sueño y agonizo. Tú...

Dio un manotazo como si quisiera espantar con él las ideas que le atormentaban y prosiguió diciendo:

—Me hubiese gustado que fueses tú el ejecutor de ese granuja para que me hubieses dado tus impresiones vitales del momento. Habría tratado de trasladarlas a la tela como un mensaje de angustia infinita. Se trata de un tema altamente trascendental.

Se dirigió a la rubia exaltadamente para decir:

—Para mí el arte no es más que un medio de expresión, no lo puedo considerar un fin... Se interrumpió, volvió a dar otro manotazo en el aire y dijo:

—Supongo que tendrán que hacer cosas más necesarias que escucharme. Ya saben que pueden disponer de mi casa.

Connie dio las gracias y añadió:

—Yo voy a remolque de Doug. Es él quien debe decidir. Por mi parte, le escucharé con mucho agrado.

—Gracias.

—Ignoro todo lo que se refiere a su arte, pero me gusta oírles, quiero aprender.

—Le repito las gracias. Es usted una jovencita muy gentil. Pero por lo que he podido oír y lo que puedo observar, comprendo que no estén ustedes para charlas artísticas.

¿Café? ¿Té? ¿Algo que les resulte más sustancioso, o prefieren alguna bebida alcohólica?

—Café —pidió Doug—. Y mientras lo preparas voy a telefonear. Connie dirá lo que le apetece.

Doug, mientras Connie y su amigo preparaban café para los tres,

llamó por teléfono a su estudio. Le respondió un hombre, al cual pidió:

—¿Quiere hacer el favor de pedirle al teniente Summer que se ponga al teléfono?

—¿De parte de quién?

—Soy un buen amigo de él, no se preocupe.

Poco después oía la voz de Summer que preguntaba:

—¿Sí?

—Soy Doug.

—Estaba seguro de que me llamarías. ¿Por qué no me has esperado? —preguntó Summer.

—¿Estaban los fulanos? —preguntó Doug, desentendiéndose de la pregunta del policía.

—Sí. Bastante deteriorados, pero estaban.

—Pues apriétales tú ahora de cuentas.

—Yo no puedo actuar como tú. ¿Qué ha sucedido en tu coche? Me han avisado que hubo explosión e incendio. Y aunque la documentación había volado, me pareció que era el tuyo.

—Era el mío. Me habían preparado un buen paquete.

Los criminales temen verse desenmascarados y tratan de eliminarme. Menos mal que me lo olí y pude esquivar el golpe. Pero no es eso lo que importa.

—¿Qué es lo que importa?

—Quiero un informe de lo sucedido en casa de los Wilding antes de entrar yo en ella y encontrarme con los dos fiambres.

La contestación tardó en llegar. Summer dijo al fin:

—Parece que ella le llamó por teléfono a media tarde diciendo que se estaba muriendo. Cuando él llegó a casa encontró su esposa caída junto al teléfono, viva aún.

El teniente Summer prosiguió el relato de lo sucedido según las declaraciones logradas del doctor Clark Lowens, de Lily Hyer, vecina de los Wilding y del conserje de la finca.

—El doctor Lowens había sido llamado por la propia señora Wilding, al sentirse enferma.

Cuando Summer hubo terminado su relato, preguntó Wrigth:

—¿Tienen amistades los Wilding? Me refiero a esas que frecuentan las casas, que se reúnen los fines de semana...

—Que se sepa, no.

—Otra pregunta. ¿Cuándo salió Wilding de la oficina después de muerta su mujer, tras quedar ella en la capilla ardiente instalada allí mismo, no quedó nadie con la muerta en la casa?

—Según nuestras noticias, no. Lily Hyer, aunque muy apenada, tuvo que marchar a su trabajo. Tiene su coartada. Wilding, una vez terminaron los de pompas fúnebres su trabajo, dejó recado al conserje por si preguntaba alguien, señalando que tardaría una hora en regresar.

—¿Y no preguntó nadie por él durante esa hora?

—Según el conserje, nadie. El conserje lleva una conducta intachable. Razonablemente no se puede sospechar de él.

—¿Poseía la llave del piso de los Wilding?

—No. Si conocías bien a Wilding, me extraña esa pregunta. Era la desconfianza personificada. Y nadie violentó ninguna entrada.

—Quería asegurarme de esos extremos. ¿El doctor Lowens era el médico de la casa o fue llamado accidentalmente?

—Era el médico de la casa. Más concretamente, era el médico de ella. Wilding no necesitaba médico, según decía él.

—¿De qué ha muerto Esther?

—Según el certificado de defunción extendido por el doctor Lowens, ha muerto a causa de un aneurisma congénito localizado en el cerebro.

—¡Diablos!

—Ella sabía que padecía del aneurisma. El doctor Lowens le propuso operarla, pero ella tenía miedo e iba retrasando la operación.

—Ella padecía de ataques de catalepsia... Summer informó:

—Ella, aparte del aneurisma, era una hipocondríaca. Y tú sabes lo que sucede a tales enfermos. Quieren atraer la atención de los demás hacia su persona y se quejan de toda clase de perturbaciones. Aparte eso, la catalepsia era real, no era simulada.

—Total, que estaba rematadamente mal del piso de arriba —concretó Wrieth.

—Justo. Lowens admite también la catalepsia y teme que tanto el aneurisma como las otras dos enfermedades sean consecuencia de padre alcohólico, agravado con que ella no le hacía ascos al *whisky*.

—¡Pobre Esther! Yo me había dado cuenta de que no era una mujer normal, pero no podía suponer que las cosas llegasen a tal

extremo. ¿La han hecho la autopsia?

—No. Tratándose de muerte natural, conocidas las causas, certificadas por el médico de cabecera, no se hace autopsia.

—Cierto, no había pensado en ello. ¿Y a Wilding?

—A Wilding sí se le ha practicado.

—¿Puedes informarme sobre ella?

—Dada su estatura y las trayectorias de las balas, cabe pensar que quien disparó fue una mujer; o un hombre de talla mediana, más bien baja.

Tras una pausa añadió Summer:

—Nos inclinamos por creer que fue una mujer. Por ejemplo, pudo ser tu rubia. Se sabe que ella tenía motivos sobrados para matar a Wilding. Hay orden de detención contra ella.

CAPÍTULO XI

A Wrigth no le pillaron de sorpresa las palabras de Summer, al cual preguntó a continuación:

—¿Y tenéis idea de por dónde pudo entrar ella? Porque según decís no hay ninguna violencia.

—Puede que ella tenga una llave. Antes frecuentaba la amistad de los Wilding, mientras fue menor de edad y no reclamó los valores heredados de su padre.

No quiso el joven discutir con el policía, al cual preguntó:

—Así pues, quedo yo descartado, ¿no?

—Sí y no. Conste que hablo con arreglo a la tesis oficial, no a la mía particular. Tras breve pausa siguió diciendo el policía:

—El individuo pudo tirar también manteniendo la pistola baja, aproximadamente a la altura de la cadera. En tal caso se trataría de un hombre alto.

—¿Tipo de pistola empleada? —preguntó Wrigth.

—Corriente...

—En ese caso quedo totalmente descartado. La pistola con la cual se tira desde la altura de la cadera suele ser la ametralladora...

Adquirió Doug el convencimiento de que su respuesta había logrado el debido impacto. Pero no se quiso vanagloriar de su victoria y preguntó seguidamente:

—¿Huellas en la casa?

—Se han encontrado tantas con el ir y venir de los de pompas fúnebres, que las encontradas no sirven. ¿Algo más?

—Sí. ¿Wilding ha quedado en el depósito tras la autopsia?

—No. Ha sido autorizado el traslado de su cuerpo a la capilla ardiente de la empresa de pompas fúnebres. La señora Wilding ha sido trasladada allí también hasta la hora del entierro, que será muy

temprano.

—¿Por qué se instaló la capilla ardiente de ella en su misma casa?

—Lo había pedido así. Pero tras la muerte de él se ha considerado oportuno el traslado. Tras otra pausa preguntó el policía entre irónico y humorístico:

—¿Algo más?

—Nada más, gracias. Has sido un buen chico. Te prometo que si saco algo en limpio, serás el primero en saberlo. Te repito las gracias. ¡Y hasta muy pronto!

Cortó la comunicación para evitar que el policía comenzase a preguntar a su vez o le hiciese advertencia alguna.

Y se volvió hacia Connie y Héctor, que terminaban de preparar el café.

—Nada, ¿verdad? —preguntó la rubia con expresión que reflejaba desaliento.

—¿Quién sabe? Tenemos cosas de interés, a saber: No hay señales de violencia en las entradas de la casa. ¿Por dónde entró el asesino?

—La puerta estaba abierta cuando entré yo. Mejor dicho, entornada —respondió Connie.

—Pero tú no asesinaste. Quedamos en que eso fue una trampa. Cuando salió Wilding para ir a su oficina dejó cerrado, con toda probabilidad. ¿Quién abrió?

—No te podría responder.

—Por ahora muy pocas personas podrían responder.

—Tal vez el asesino y su cómplice o cómplices —señaló el joven de forma concluyente.

—Es una idea —dijo en aquella ocasión el italiano Héctor.

Sirvió Connie los cafés, que comenzaron a saborear los tres amigos.

—Hay otra cosa de interés —prosiguió Wrigth—: El asesino es un hombre de estatura más bien baja, o una mujer.

—¿Quieres decir con eso que yo puedo ser la asesina? —preguntó Connie.

—Yo no lo quiero decir; pero es lo que piensan ellos.

—¡Eso es un disparate!

—De acuerdo. Pero tenemos que demostrar que lo es. El italiano

intervino para decir:

—Perdona. Son ellos los que tienen que demostrar la culpabilidad de la señorita Gray.

—Deseo evitar que lleguemos a ese extremo. Debo ser yo quien demuestre que es inocente antes de que la puedan detener.

—De acuerdo. ¿Posibilidades? —preguntó Héctor.

—El asesino no está loco. Pudo y debió ser una mujer. Pero tiene un cómplice masculino. Ha sido quien intentó hacerme volar...

—¿No podría ser el mismo que intentó hacerte asesinar por medio del camión? —preguntó Connie.

—No. Eso más bien fue cosa de Wilding para vengarse de mí y también para dejarte sin protección. El último atentado no tiene nada que ver con el primero.

—¿Quién pudo ser el autor? —preguntó Connie.

—El mismo que ordenó y pagó el secuestro de Mona Reynolds y que intentó hacerme asesinar por esos tres compinches...

—Si ellos te aguardaban arriba para matarte, ¿por qué hizo lo del automóvil?

—Porque no estaba muy seguro de los tres. Trataba de evitar a toda costa que yo pudiese escapar.

—¿Por qué? ¿Temía que le pudieses descubrir?

—Justo. Temía que le pudiese descubrir. Y también está la venganza por medio.

—¿La venganza? ¿Por qué? ¿De quién? Wilding ha quedado descartado en el segundo intento.

—La venganza de una mujer despechada.

—¿Te refieres a Sheila Adams? Ella te amenazó, en lugar de agradecer lo que habías hecho por ella.

—No, no es cosa de Sheila.

—¿De quién pues?

—De Esther Wilding. La rechacé siempre, una y otra vez. Y estaba despechada, había llegado a aborrecerme...

—¡Eso es absurdo! Ella estaba muerta... El joven consultó la hora de su reloj.

Seguidamente estuvo buscando en la guía telefónica hasta encontrar lo que deseaba. Finalmente apuntó un número telefónico y una dirección.

Dijo seguidamente, dirigiéndose a Connie y Héctor, aunque

principalmente se dirigía a ella:

—El aneurisma y sobre todo el aneurisma de cerebro, suele producir una muerte repentina.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Connie.

—Ella tuvo tiempo de avisarme, de llamar al doctor Lowens, a su marido y de hablar contigo. Y después de muerta habló contigo y conmigo.

Connie se estremeció, miró fijamente a Doug y le preguntó:

—¿Así pues, crees que fue ella?

—¿Notaste en la persona que te habló la segunda vez, alguna diferencia de voz, de acento, de expresión?

—No. Creo que fue ella.

—Y tú la conocías bastante bien...

—Sí...

—Yo la conocía bastante bien asimismo y tampoco noté diferencia alguna. Así pues, debo considerar que fue ella. No estaba muerta. Todo ha sido una ficción aprovechándose de su catalepsia...

Connie, presa del más vivo asombro, preguntó:

—¿Crees que ella...?

—No se trata de lo que yo pueda creer, rubia. Una persona presa de un ataque de epilepsia agudo puede dar la sensación de que está muerta. Los miembros adquieren una rigidez extrema, la respiración y el pulso se hacen a veces tan lentos que no se perciben y el cuerpo palidece y se enfría —aseguró Doug.

—Pero a un médico no lo puede engañar. Aunque se han dado casos...

—Yo no he dicho que lo haya engañado... Ella tiene un cómplice. Puede ser el médico, puede ser otro hombre...

Connie se llevó ambas manos a la cabeza y dijo con expresión que reflejaban incredulidad y estupor:

—Casi no puedo creerlo... Tras una pausa preguntó:

—¿Así pues, según tus ideas, ella mató a su propio marido?

—Estaban los dos solos en la casa. ¿Quién pudo ser si no?

—No sé, no puedo imaginar tanta perversidad...

—Pudo ser el médico si como parece disfrutaba de la confianza de ella. Pudo ser también Lily Hyer, de acuerdo con el médico. Tal vez su coartada es tan perfecta precisamente por lo mismo que puede ser culpable.

—No conozco a esa Lily Tyer y prefiero no opinar sobre ella.

—Estamos en una situación que no podemos perder el tiempo en opinar. Hay que actuar...

—¿Qué debemos hacer?

—Tú vas a quedarte aquí con Héctor. La policía te busca... Lo que queda por hacer es cosa mía y todo puede quedar mejor si voy solo.

—Iré contigo...

—Te buscan, te descubrirán enseguida —dijo señalando para su llamativa cabellera rubia.

—Hay muchas rubias en Nueva York, tan llamativas como yo misma. Me pondré un sombrero, o un pañuelo a la cabeza. Y me pondré gafas.

—Basta que te disfraces para que se fijen más en ti. Además, yendo conmigo no tendrán duda alguna de que se trata de ti.

—Está bien. Queda claro que deseas correr sólo la aventura.

—Es necesario, rubia. A tu lado voy mejor, pero... Héctor intervino para decir:

—Doug tiene razón. Su juego es demasiado peligroso. Y usted puede servirle más de rémora que de ayuda.

—No hay discusión. Que vaya solo... Pero antes de irte...

—¿Qué hay? ¿Alguna idea nueva?

—Pienso en Mona. ¿No será ella la cómplice? Está enamorada de ti, tal vez también un poco despechada. Conoce todas o casi todas tus interioridades. Y aquellos fantásticos sueños...

—No te molestes si te digo que eso es lo más descabellado que he oído, rubia.

—¿Quieres decirme por qué se empeñó en quedarse en tu estudio? ¿Y también por qué se dejó sorprender? Yo estuve cerca, muy cerca de Esther Wilding, y me pareció que estaba muerta.

—Ya sabes que la catalepsia...

—Sí, un enfermo preso de un ataque de catalepsia puede ofrecer el aspecto de un muerto. Pero si ella mató a su marido no era presa de un ataque, lo tenía que fingir. Y no es fácil fingir...

Guardaron silencio durante breves segundos.

Wright, hecho un mar de confusiones, después de reflexionar, dijo:

—En eso no tengo más remedio que darte la razón.

—Lo celebro. Tal vez Mona Reynolds no es tan infeliz como tú has imaginado, ni tan víctima de la sociedad.

—No hay más que hablar. Lo que sea se sabrá pronto.

—Si antes no te rompen la cabeza. Esa gente no retrocede ante nada —dijo la rubia con expresión concluyente.

—Procuraré que no me la rompan. Pronto tendréis noticias más. El joven salió después de despedirse de Connie y Héctor.

CAPÍTULO XII

A Doug le dejó un «bus» en las proximidades del apartamento en que residía el doctor Clark Lowens, en el cual tenía uno de sus gabinetes de consulta.

Pasó y repasó frente al edificio, dio la vuelta a la manzana, y localizó la empresa de pompas fúnebres que se había hecho cargo de los entierros de los esposos Wilding.

Seguidamente se dirigió a un teléfono público, marcó el número correspondiente al doctor Lowens y poco después le respondía éste, dando la impresión de que lo hacía de malhumor.

No aguardó Lowens a que Doug se diese a conocer, diciendo con malos modos:

—Sí, aquí el doctor Clark Lowens. Tengo derecho a descansar, ¿no? Diríjanse a un servicio médico de urgencia, al más próximo...

—No se trata de eso, doctor. Creo que me debe escuchar...

—¿Quién es usted?

—No me ha permitido presentarme. Por favor, no se ponga nervioso...

Señaló una corta pausa gozándose en la inquietud que el médico debía vivir en aquel momento y prosiguió:

—Me llamo Douglas Wrigth...

—Me tiene sin cuidado cómo se pueda llamar —exclamó el médico.

—De acuerdo. No quiero llevarle la contraria. Parece usted asustado, nervioso...

—¡No estoy asustado ni nervioso! ¡Pero no estoy dispuesto a que me fastidien a estas horas!

—Le fastidio a estas horas porque usted me ha fastidiado a otras y no me ha sido fácil localizarle...

—¡No le conozco para nada!

—Me conoce, pero poco. Si me hubiese conocido, me habría dejado tranquilo; pero usted se ha dejado arrastrar por una persona que cree conocerme a fondo y que no me conoce tampoco. ¿Me escucha o prefiere que de ciertos detalles a la policía?

—¡Me tiene sin cuidado los detalles que usted pueda dar a la policía!

—Está bien, «doc», como quiera...

Dio la impresión de que iba a cortar la comunicación y entonces oyó que el otro le llamaba:

—¡Oiga! ¡Escuche, Wrigth!

—¿Qué quiere que le escuche? —preguntó el joven en tono burlón.

—Diga lo que sea... Pero preferiría que viniese a verme.

—¿Para barrerme del mundo de los vivos como a Wilding? Nada de eso, «doc».

—¡No he matado a Wilding! ¡A la hora en que él murió yo estaba bastante lejos de su casa y podría probarlo! ¡Me ha visto gente!

—Ya sé que estaba usted lejos de su casa; y también que se estaba ocupando en el secuestro de Mona Reynolds...

—¿Tiene ganas de bromear?

—En absoluto, «doc». Y vamos a tratar de dos cosas. O aparece Mona Reynolds antes de media hora, sin daño alguno, o le romperé la cabeza. Ésa es una de las cosas.

—No es mucho lo que pide. ¿Y la otra?

Lowens quería mostrarse tranquilo e irónico, sin lograrlo. Wrigth prosiguió:

—La otra es que prepare seis mil dólares para comprarme un automóvil nuevo, de la misma marca que el que usted me ha destrozado.

Lowens rió descompasadamente. Y Wrigth aguantó imperturbable hasta que el otro hubo terminado de reír.

—¿Qué? ¿Desahogó ya su nerviosismo? ¿Su miedo? —preguntó Doug cuando el médico cesó de reír.

—¡Usted no sabe lo que dice, Wrigth! —exclamó Lowens.

—El tiempo dirá sí lo sé o no. Tiene media hora de tiempo para devolverme a mi modelo la señorita Reynolds y soltarme los seis mil

dólares. Lo demás no me importa. Allá la policía y ustedes...

Siguió un breve lapso de silencio que rompió Doug para recordar:

—Seis mil dólares y la señorita Reynolds. Y no debe tardar más de veintiocho minutos... Hubo de usar otra ficha Wrigh, el cual notó que Lowens respiraba con dificultad.

—Veintisiete minutos, «doc». Voy a cortar la comunicación. Me está saliendo usted demasiado caro y además de ser un fulano, resulta feo por eso.

—Un momento, Wrigh...

Lo pidió con voz apagada que reflejaba un fondo de angustia.

—Un momento nada más —concedió Doug.

El joven artista escuchó un cuchicheo entre Lowens y la persona que le acompañaba, aunque no pudo oír lo que decían.

Y al final dijo Lowens:

—De acuerdo. ¿En dónde nos vemos?

—Hay un empleado de guardia en su empresa de pompas fúnebres, ¿no?

—Sí, lo hay... ¿Cómo sabe...? La empresa no va a mi nombre.

—Hay detectives privados que trabajan bien y con rapidez...

—Bien, diga. Necesito veinte minutos...

—Aceptados los veinte minutos. Justo dentro de veinte minutos entraré y preguntaré a su empleado por el jefe. Téngalo todo preparado.

—Descuide...

—No intente ninguna tontería; no estoy solo.

—Ya lo sé...

La voz de Lowens había ido bajando de tono, dando la completa sensación de que se sentía vencido.

Dijo aún con expresión cansina:

—Seré puntual. Hasta dentro de veinte minutos. Fue el primero en cortar la comunicación.

Le imitó Wrigh, el cual abandonó la cabina inmediatamente.

Había visto bastante anteriormente en lo que se refería a la empresa de pompas fúnebres y, agachándose, pasó ante las narices del empleado que se hallaba de guardia tras una taquilla, leyendo.

Y el joven penetró en un vasto recinto al cual daban las pequeñas salas en donde se montaban las capillas ardientes.

Cinco de ellas estaban ocupadas.

La iluminación, a basé de gruesos cirios de llamas oscilantes, resultaba deficiente.

A pesar de ello descubrió pronto la capilla que correspondía a los Wilding. Era la mayor y en ella se hallaban expuestos dos cuerpos. El de la izquierda era el de Stanley Wilding.

Era fácil de reconocer por sus ropas masculinas a pesar de que mantenía el rostro cubierto.

El de la derecha debería ser el de Esther Wilding.

Wright conocía bien el traje con que la habían vestido, un traje oscuro, de líneas sencillas y graciosas que realzaban su figura.

Mantenía también el rostro cubierto por un pañuelo.

Doug, que se mantenía agazapado, se dispuso a adelantar para llegar hasta la cabecera del féretro y descubrir el rostro de la mujer.

Oyó un leve crujido a sus espaldas y la oscilante luz de uno de los cirios alargó la sombra de un ser que se había situado detrás de él.

Vio en la forma la sombra de una pistola que adquirió un tamaño desmesurado.

La oscilante luz de otro de los cirios le ofreció de perfil, en macabro juego de luces y sombras, la inconfundible silueta de Esther Wilding, dando la sensación de que se alzaba de un ataúd.

CAPÍTULO XIII

Doug se lanzó al suelo con rapidez vertiginosa, echándose hacia un lado al propio tiempo.

Sintió un escozor en una oreja a la vez que se producía un disparo de pistola, amortiguada la detonación por el silenciador.

Zumbó el proyectil que rebotó en el suelo tras tocar a Doug e ir a morir en el ataúd de Wilding.

Tras el fallo de su atacante, debido a su movilidad, Doug dio dos desconcertantes volteretas más hasta encontrar refugio tras la especie de catafalco sobre el que se hallaba el cadáver de Wilding.

Esther Wilding volvió a tirar. Y falló una vez más.

Le enfureció su repetido fracaso y empujó con violencia el ataúd de Wilding, volcándolo con la idea de que apresara a Wrigth.

Esquivó el joven, que por unos instantes quedó al descubierto.

Se había producido un considerable estrépito que retumbó en el silencio del lugar y la hora.

Vio Doug que Esther se disponía a tirar y empuñó uno de los cirios, lanzándoselo a la mujer con terrible tino y fuerza.

Quiso esquivar Esther saltando hacia atrás, pero el cirio le alcanzó aún en el rostro, lanzándola de espaldas, completando su caída al tropezar con uno de los gruesos candelabros.

Al caer se le escapó la pistola de las manos, pero se revolvió como una furia, una vez en el suelo, intentando alcanzarla.

Wrigth había saltado ya una vez lanzado el cirio y cayó sobre Esther cuando ella ponía la mano sobre el arma.

El joven dominó a la furiosa mujer con el peso de su cuerpo arrebatándole seguidamente el arma que lanzó lejos de un taconazo.

E inmediatamente, cuando ella dirigía una de sus manos contra el rostro de él con las manos engarfiadas, la abofeteó con violencia,

hasta dejarla medio aturdida.

Se puso en pie Doug y la obligó a ella a levantarse, sujetándole ambos brazos detrás del cuerpo.

Se bastó para ello de un brazo mientras que con el otro desenfundó su pistola.

—Quieta, o te duermo. Para ser un cadáver estás resultando demasiado revoltosa.

Al ruido, dominando el miedo que sentía, acudió el empleado que se hallaba de guardia.

El hombre empuñaba una pistola en su temblona mano.

—Cuidado no se le dispare y cometa un desaguisado... Llame por teléfono rápidamente al Cuartel de la Policía Metropolitana y póngase en contacto con el teniente Summer... —le ordenó Wrighth.

—¿Qué le digo?

—Que venga inmediatamente. Tenemos aquí a la persona que asesinó a Stanley Wilding...

El hombre desorbitó la mirada. Acababa de reconocer a Esther y dijo con voz que le salió atiplada:

—Pero si es la señora Wilding. Y estaba muerta... ¡Yo mismo le coloqué el pañuelo cubriéndole la cara!

—De muerta nada, pese al certificado del doctor Lowens. Y ojalá que a él no le haya costado caro el falseamiento del certificado de defunción.

—¿Y usted, quién es? —preguntó el hombre reaccionando.

—Detective privado —mintió Wrighth.

—Detective privado. Pero...

—Haga lo que le digo o le acusaré de no haber colaborado con la Justicia. Le puede decir al teniente Summer que soy Wrighth.

—Sí, señor...

Esther chilló entonces:

—¡No le haga caso! ¡Es un impostor!

El empleado vaciló, pero resolvió pronto, diciendo:

—Usted está muerta, así es que a cerrar el pico, señora Wilding. Es la primera muerta que me toma el pelo y no estoy dispuesto a consentirlo. El señor Wrighth merece crédito. Dice que llame a la policía y eso es una garantía para mí.

El hombre marchó a cumplir el encargo de Wrighth.

Y Esther, viéndose perdida, se debatió fieramente, tratando de

clavar el tacón de uno de sus zapatos en uno de los pies del pintor.

Éste, fastidiado, la hizo girar y la atacó, asestándole una serie de bofetadas a diestra y siniestra hasta que la sentó aturdida.

Aprovechó el momento para atarla de pies y manos.

Seguidamente fue hasta el féretro en donde debía estar Esther, descubrió el rostro de la persona que se hallaba en él. Reconoció en ella a Mona Reynolds, su modelo.

Doug se dirigió a Esther, para decirle.

—Como Mona esté muerta, nada ni nadie te podrá salvar de la silla eléctrica.

—¡Claro que está muerta! Pero no la he matado yo. La mató Lowens...

—¿Y Lowens?

—A ese maldito cobarde sí que lo he matado yo... Y a mi marido...

—Lo suponía...

—Sabía que serías difícil de engañar. Por eso mismo tuve empeño en que me librasen de ti. Pero Lowens es un cobarde. En lugar de dejar nada en tu automóvil, debió haber tirado. Contra ti y contra tu rubia...

—¿Por qué has matado a Lowens?

—Tenía que matarlo más pronto o más tarde. Era un cobarde y habría terminado por traicionarse y traicionarme. Pero su cobardía al querer entregarte el dinero y entregarte a Mona viva...

Guardó silencio repentinamente, tras su error al hablar.

—¿Así pues, Mona no está muerta?

—He metido la pata. Debía haberme mordido la lengua. No está muerta. Yo creí que Lowens la había matado; pero se limitó a inyectarla... Y ya habría muerto en la tumba...

—¿Debía ser enterrada en tu lugar?

—¡Naturalmente! Así yo estaba muerta para todos, pero con el dinero de mi marido y el de Lowens... ¿Quién iba a pensar que una muerta podía ser la asesina?

—Te crees muy lista, pero has cometido demasiados errores. No debiste llamarnos a Connie ni a mí estando supuestamente muerta.

—Era la forma de atraeros para que pagaseis la muerte de Wilding si lo demás fallaba. Yo estaba convencida de que pensaríais en alguien que me habría imitado para atraeros...

—¿Creíste que yo pensaría en Sheila y su marido como los asesinos de Wilding?

—Creí que pensarías en Sheila. Ella asesinaba a mi marido, y tú, o tú rubia o los dos, pagabais la muerte...

—Complicaste demasiado las cosas. Eres una mente retorcida...

—¡Claro! ¡Como que estoy loca! Catalepsia, hipocondría... No iré a la silla, pierde la esperanza...

—Me es igual que vayas a la silla o no; pero irás... ¿A qué bajabas tan apresuradamente?

—A prender fuego al cuerpo de Mona. No habría modo de reconocerla, yo me habría largado y la muerta continuaría siendo yo, dijeseis tú lo que dijeseis... Aunque yo me hubiese ocupado de que dijeseis poco. Los asesinos se pueden comprar con oro o con caricias. Y a mí me sobra oro y soy una mujer que no está mal a pesar de que tú me has despreciado siempre...

Doug llegó a sentir lástima de la asesina.

—Creo que te salvarás de la silla eléctrica. Estás rematadamente loca, pelirroja...

—¿Ahora me compadeces? ¡Pues no quiero tu compasión! ¡No estoy loca! ¡No estoy loca!

Se retorció en el suelo tratando de romper las ligaduras, dando la impresión de que era presa de un ataque de nervios.

No tardó en llegar el teniente Summer acompañado de un sargento detective. Ante lo sucedido pidieron médico y ambulancias.

Y poco después era descubierto el cadáver de Lowens asesinado por la espalda por Esther Wilding.

Ésta, pasado su ataque, explicó cómo había preparado todo y cómo había abandonado el féretro en su casa para matar a su marido cuando éste tenía todo su dinero y valores fuera de la caja.

—El me había dicho que si yo llegaba a morir se marcharía inmediatamente, que no lo podría soportar. Y yo tenía que aprovechar aquel momento. Temo que hubiese fracasado de intentar abrir la caja aunque hubiese tenido las llaves.

A medida que iba avanzando en sus declaraciones, no queriendo ser compadecida, se mostraba más cínica.

En cuanto a los dos hombres que se habían hecho cargo de Mona, fueron detenidos fuera ya de Nueva York de donde les había

ordenado salir Esther.

Mona recobró el conocimiento muy pronto, obedeciendo al tratamiento médico.

En cuanto a Connie Gray, que había seguido a Wrioth acompañada por Héctor, logró abrirse paso entre policía y periodistas para llegar hasta Doug al cual se abrazó estrechamente.

—Lo has hecho tú todo, sin dejarnos intervenir. Y eso tiene su castigo. Prométeme que te casarás conmigo...

Centellearon los «*flash*» de los fotógrafos que deseaban sacar a la pareja en la primera edición de la mañana.

—Creo que vas a vender más cuadros que nunca. Será una propaganda estupenda —murmuró Connie al oído de Wrioth.

—Como mujer, no pierdes el sentido de lo práctico. Además de ser una rubia sensacional, serás una esposa estupenda.

Y la abrazó estrechamente, dando ocasión a nuevas fotografías.

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie (San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias, (España), 1911 - Valencia (España) 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monteroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.